

EL BANDIDO
EN LA
LITERATURA CHILENA
POR
ELVIRA DANTEL ARGANDOÑA

PROLOGO

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL
ORIGEN DEL BANDIDO CHILENO

En Chile no existe el ladrón de las grandes urbes.— El cuatrero o ladrón de caballería.— El bandido caballeresco.— Su adopción por el pueblo.— El salteador o achocado.— El salteo, forma típica de ataque.— Origen del bandido.— Las encomiendas y la guerra de la Independencia.— Plebe y aristocracia.— Carencia de clase media en la sociabilidad chilena.— El bandido y el roto se confunden.— Soldado en la guerra de la Independencia.— La Partida del Alba.— En Chile no cuajó el héroe en poema.— En Argentina existen el Martín Fierro y el Santos Vega.— Aspecto de la vida heroica de Chile, aún no interpretada en nuestra literatura.

El tema de este trabajo es investigar de qué manera los escritores chilenos, incluyendo en ellos a los historiadores y ensayistas como a los poetas y noveladores, han interpretado, a través de nuestra evolución literaria el tipo del bandido, del hombre fuera de la ley, producto de un época y de una raza.

No incluiremos dentro del carácter de nuestro estudio los tipos secundarios del malhechor por no tener, en Chile, la significación, por ejemplo, que en los grandes centros de población del mundo. En París y en Londres o en Nueva York y aún en el propio Buenos Aires el malhechor urbano, que vive al amparo de la densidad de la población, de las encrucijadas, de los rincones y solares de una gran ciudad, ha tomado un carácter especial y único, tan típico y adherido al medio mismo, que se ha convertido en tema literario, ya sea en romances populares, en la novela o en el teatro. El apache de París, el maleante del East End de Londres, el ganster de Chicago o el malevo y el compadrito de Buenos Aires, especie de gaucho urbanizado han suministrado temas a innumerables novelistas y saineteros. Conan Doyle y Wallace, Maurice Leblanc y otros han creado un mundo completo en que el ladrón representa el aspecto negativo del alma humana como el detective el aspecto positivo. Ambos equilibran el bien y el mal en el enredo de sus hazañas, escapadas y persecuciones.

En Chile, un tipo de bandido así no daría el material para una literatura. Los novelistas chilenos que han pintado al ladrón ciudadano no han hecho sino imitar el padrón inglés o francés de la novela policial. Barros Grez y su novela "Cuatro Remos", algunas de las novelas de Pacheco la creación de Román Calvo, detective criollo de Alberto Edwards, publicada en forma de folletín en el "Pacífico Magazine", de los años 1913, 14 y 16 y el "Manuel Luceño" de Acevedo Hernández, donde hace un estudio directo del hampa santiaguino, del faro semi-ganster del Callejón de las Hornillas.

La interpretación más característica, dentro de nuestra literatura, se refiere sobre todo, al bandido del campo, al cuatrero o ladrón de caballería que viene a constituir algo así como el generalato dentro de la jerarquía de los malhechores, en que el escapero o el punga ocuparían el rango inferior.

Es, en realidad, un huaso que se ha puesto fuera de la ley y que utilizará para subsistir los mismos procedimientos que el huaso dentro de la regularidad de la vida. Sus costumbres serán las mismas. Remoliendas y trillas, cuando la ocasión se presenta, rodeos, aunque sea de reses robadas, el amor cogido al galope de su cabalgadura. La china de almidonada pollera que le prestará su ayuda en el momento oportuno o lo denunciará por celos, si el caso se presenta. Y en cuanto a las vestimentas serán las mismas: la coloreada manta, las pierneras pesadas de correíllas y las nazarenas ruidosas, tintineantes en los escarceos de la cueca.

En general, salvo excepciones muy contadas, el cuatrero, ya sea del bajo pueblo o un patrón, sobre todo, en tiempos posterior-

res a la independencia, que por un hecho delictuoso tenía que escapar a las montañas, el caso del huaso Rodríguez, por ejemplo, es el tipo que más se ha interpretado en nuestra literatura. Incluso, tipos como Pancho Falcato o Ciriaco Contreras, aunque fueron hijos del arrabal, debían ir a los campos y vivir de la falta de comunicación y de la carencia de policías, que hasta la época de Portales hacían perfectamente posible la vida de grandes partidas de bandoleros en el centro de Chile. Bastaría citar el caso de los famosos pelas-caras o cerrilleros de Teno, descritos por Pérez Rosales que los conoció, siendo subdelegado de Curicó. Sin embargo, estas partidas tan características, tan propias del Chile de los primeros tiempos de la República no ha tenido aún su interpretación literaria, ni en el teatro, ni en la novela, si tal vez en los romances de ciegos de aquellos tiempos, materialmente perdidos para el folklore.

Asoma, a ratos, en alguna de las novelas de Barros Grez, que era de la región y debió conocer tradicionalmente la historia de los cerrilleros de Teno. En las primeras partes de su novela "El huérfano", figuran algunos de los bandidos de los Cerrillos. En general, los autores chilenos han buscado el tipo excepcional del bandolero, el que burlaba a la policía por medios ingeniosos o audaces y cuya personalidad tomaba relieve en todas las esferas sociales. La leyenda iba, poco a poco, creando la personalidad del bandido, moldeándola, mediante agregados y podas inconscientes y adaptándola, como es justo, a la idiosincracia de la colectividad.

Es naturalmente, el pueblo, quien pondrá más que nadie todas sus aspiraciones ocultas, sus vagos deseos de redención en este hombre fuera de la ley, perseguido por los policías, que representa a los poderosos de la tierra y, en el fondo, protegido por alguna milagrosa manda a un santo o a la Virgen. Así el hecho delictuoso se tornará, por un fenómeno extraordinario de sugestión colectiva, en un hecho santo, en un caso de martirologio. El bandido será de este modo, un intermediario entre el pueblo y el más allá impreciso y supersticioso. Sobre todo, si cae en el campo acribillado de balas. En el lugar donde agonizó el bandido se pondrá una cruz, en torno a la cruz se prenderán velas todas las noches que un montón de ladrillos o algunas hojalatas ahumadas defenderán del viento. Empezará la leyenda en torno al pobrecito, muerto por los pacos. Le robaron su mujer y por eso se hizo bandido. El atacaba siempre a los ricos, nunca a los pobres, a quienes más bien llenaba de regalos y de buenas palabras.

En un diario del sur de Chile, de Loncoche, un periodista relataba el caso de una tumba del Cementerio de la vieja villa de la frontera. Era, según él, la de un bandido "El Toro

Frutilla", que había muerto en una lucha contra los carabineros que quisieron arrojarlo de la región, donde él había sentado sus reales. Como junto con él debieron salir los demás colonos que habían tomado la posesión de la tierra, su muerte representó, un símbolo. Era la víctima del usurpador de la tierra y los hijos y nietos de los colonos desposeídos, seguían quemándole velas y tegiendo coronas de arrayán junto a la tumba del "Toro Frutilla".

Semejante a eso es la glorificación que en la pampa salitrera se hizo al bandido llamado "El Chichero", famoso en los tiempos heroicos de la primera época del salitre. El Chango Aracena, verdadero señor del desierto, fusilado en Antofagasta, y de muchísimos otros ya famosos o simplemente conocidos en la cordillera o en los campos, a los cuales el pueblo les dió una personalidad ficticia, de acuerdo con el alma colectiva de Chile.

No se distinguen claramente, a través de los escritores que han aprovechado este material para sus obras o de las interpretaciones del romancero popular, las cualidades del bandido caballeresco o lisa y llanamente las del delincuente vulgar. La diferenciación, sobre todo, en los escritores, está hecha a base de la influencia española o francesa, a veces anglosajona o germánica. Es el romanticismo el que exalta al bandido y lo lleva a la calidad de héroe. Se comprende fácilmente por qué. El romántico considerábase un incomprendido en un mundo hostil. Soñaba una vida libre, de acuerdo con la naturaleza y fuera de las convenciones sociales. Los héroes de Walter Scott, de Byron, de Schiller, de Víctor Hugo y del duque de Rivas o de Espronceda tenían esta característica y con frecuencia eran hombres que vivían en las montañas y constantemente perseguidos por la policía.

El héroe popular, ya sean los tipos de los bandidos de Andalucía o de Galicia, no tenían tales complicaciones. Eran más simples y lógicamente más reales y humanos. Y los de Chile, salvo el elemento indígena muy semejante a esos bandidos de Ecija o inmortalizados por el romancero popular, durante el siglo XVIII.

Entre los diversos calificativos con que se distinguen en castellano a este tipo de malhechor, hay alguno que es más adaptable a la índole del bandido chileno, diferenciado, como dijimos, del peninsular por su sangre indígena. A veces, sin embargo, este bandido es de ojos azules y de pelo rubio. Nicolás Palacio diría que era un goda que había despuntado, con su espíritu guerrero e indomable, bajo el poncho y con el físico de un salteador chileno.

Bandido o fugitivo de la justicia, a quien por bando per-

siguen los corchetes y alguaciles, bandolero que evoca la manta zamorana y el trabuco del contrabandista, foragido que recorre los campos con sus hombres, salteador de caminos, facineroso que ya tiene algo que ver con el delito y con el crimen; en todas estas gradaciones de la delincuencia parece convenirle más al bandido chileno el calificativo de salteador. Es también el nombre con que los distingue la policía: salteadores o achocados (1). Si bien los cerrilleros de Teno o la partida de Neira, en la época de la Independencia, asaltaban a los viajeros, es más común que los salteadores con su jefe, hiciesen un salteo a la casa de un fundo o a un almacén o boliche situado en un camino.

El salteo es la forma típica como obra el bandido en circunstancias determinadas. Hay en el salteo decoración primitiva y salvaje. Descontando el ataque por medio de jinetes, que en ciertos casos, también se efectúa, recuerdan el malón o maloca de las indiadas del sur de Chile. Los que los efectúan son salteadores anónimos, pero que obedecen a un jefe y se someten a una disciplinada consigna. El salteo, tan frecuente aún hoy día en la Cordillera de la Costa y en los campos alejados del valle central, no se efectuó por los bandidos célebres de la primera época de la República y aún a fines del siglo XIX. Estos anónimos asaltantes ponían una feroz crueldad en la consecución de sus fines. Parecían embriagarse en esta lucha solapada y trágica en que la violación, el degüello y el incendio eran sus características. El salteo se efectuó en las primeras horas del amanecer, cuando todos están entregados al sueño. Al primer duicazo, como explicaba el huaso Raimundo a Ventura Maturana en un interrogatorio. Solapadamente, con el puñal en los dientes y la carabina en la mano, van avanzando los asaltantes hasta que se precipitan en la casa. Ventura Maturana anota la característica curiosa que los asaltantes, a medida que obraban, gritasen en todos los tonos la palabra *José*. Averiguado después, resultó ser un grito de guerra para conocerse en el tumulto de la refriega.

Sangrientos o simplemente robos a mano armada, el salteo, durante un siglo de vida republicana, fué un digno heredero de la maloca de indio en tierras de civilización. Como aquél sembró el terror en las haciendas y fundos, y las casas se construyeron con sobrados (2) especiales y puertas y tranqueiras de roble contra los salteos. Muchas veces fueron cogidos en la obra y con frecuencia se reconocieron gañanes y campesinos que vivían en la región. Uno de ellos, que fué muerto por los

(1) Choco o carabina recortada.

(2) Soberados, como dicen en Chile, es decir, desvanes.

soldados de la policía rural, tenía el pecho cuajado de escapularios y medallas.

En la interpretación literaria de estos hechos que significan un aspecto esencial de una raza y de su psicología, los escritores chilenos han hecho poco, Blest Gana, que es el que ha abarcado en conjunto más aspectos colectivos de la raza, no pinta sino a Neira y con un carácter más bien patriótico que de bandido. Barros Grez en "El huérfano" describe un asalto del bandido Miguel Turra a una diligencia en que viaja una familia hacia Santiago. Sólo tres escritores han pintado un salteo en la forma más cercana a su tragedia real: Mariano Latorre en "El zapatero de Llali", donde muere el jefe de la partida, Joaquín Díaz Garcés en "La voz del torrente", cuando los mineros en plena cordillera asaltan la bodega de una de las minas de cobre, descritas por el autor en su novela, y Manuel Rojas, en el cuento titulado "El bonete maulino" (1), en que se describe igualmente un salteo con vivo relieve.

Llegamos, ahora, a un punto importante en la interpretación del bandido chileno. ¿Cómo se formó este hombre fuera de la ley, en un país joven y donde la miseria no podía ser la causa de su desesperación? ¿Cuál es, en una palabra, el origen del salteador y del bandido de Chile?

Debemos remontarnos a los primeros tiempos de la formación de la república. Debemos pensar, sobre todo, en el centro de Chile, en eso que los cronistas llamaron *tierras de paz*, porque el indio fué sometido en los primeros años de la conquista. Veamos claramente el problema. Un grupo de españoles domina a una población de indígenas, sometidos al terrible sistema de las encomiendas; los indios, por este sistema, eran del encomendero, como los árboles, las minas o los animales de labranza; sin embargo, no fué el aprovecharse del esfuerzo físico del indio el objeto de los repartimientos o encomiendas sino el de poblar las tierras de Chile y hacerlos buenos vasallos del rey de España.

Eran los indios de Chile, más que agricultores, tribus dedicadas a la guerra. Sabido es como las pequeñas siembras de mango o de quinoa las hacía la mujer o las mujeres y los hombres se ejercitaban o arreglaban sus armas para una guerra futura. Mezclados hombres y mujeres debieron trabajar en la terrible labor de los lavaderos de oro, en la construcción de casas y en todos los menesteres de la vida agraria. A pesar de la defensa hecha de los indios de las encomiendas por el Padre Luis de Valdivia, verdadero Padre Las Casas del reino de Chile, la suerte del indio no fué menos dolorosa y triste. Morían

(1) Manuel Rojas, *Hombres del Sur*, Santiago, 1916.

a millares y eran reemplazados por yanaconas traídos del virreinato o por los araucanos hechos prisioneros en las guerras del sur; sin embargo, al cabo de dos siglos, la población mestiza había aumentado considerablemente, hasta constituir el criollo la clase social más numerosa de Chile a fines del período colonial.

Poco a poco, iba absorbiéndose el indio por la raza dominadora. El mestizo o criollo había conquistado algunos derechos; ya no era, como el indio, del absoluto dominio de su señor. El indio de la encomienda había sido reemplazado por el inquilino de los campos actuales y éste a su vez formaba la masa popular de las ciudades de Chile. Eran, en el fondo, de un mismo origen, el huaso de los fundos y roto que, armado de corvo, peleaba en los arrabales en cualquier chingana o servía de apir en cualquier faena minera de la cordillera de los Andes o de la costa.

La separación de razas es clara y visible, como lo ha establecido con bastante acierto don Domingo Amunátegui en su libro "Historia Social de Chile". Pueblo y aristocracia, el mestizo de español y de indio y el español y sus descendientes criollos. Clase media no existió. La clase media se forma mucho después, casi en la segunda mitad del siglo XIX y bajo la acción niveladora de la instrucción pública.

Este pueblo no miraba con buenos ojos a su patrón; lo sentía, desde pequeñito como su explotador y su enemigo. Mientras en la espaciosa casa campensina, de anchos corredores andaluces, la vida era fácil y agradable, junto al brasero de bronce, entre las quinchas viejas de los ranchos, no mejores que la ruca del indio, se colaban el agua y el frío de los inviernos. Los había resignados, como los hay aún, en las numerosas familias de inquilinos de los fundos del centro de Chile. Quizás en las dos ramas de mestizos, el tipo de indio resignado a su suerte con trágico determinismo era el que aparecía; pero, a veces, entre los descendientes, había uno de facciones finas y de gesto arrogante. Desde pequeño se caracterizaba por sus actos de rebeldía. Un día se le sorprendió robando uvas de la viña. El mayordomo le dió unos azotes. Ya más grandecito se robó una oveja y se la comió con un grupo de compañeros. Tuvo que huir y esconderse; luego irse al norte o al sur. Empezaba para él una vida aventurera y fatal. Más o menos de este mismo origen, hombre o mujer, sobre todo hombre son la mayoría de estos chilenos que dejaron la vida regular y comenzaron a vivir, por el terror a veces y por la astucia, otras, de los campos y de los patrones.

En este sentido se confunden el bandido y el roto de un modo extraño. Sobre la masa informe, sin voluntad, resig-

nada a su suerte, se yergue esta figura cubierta de harapos, ri-sueña en la época colonial, el corvo en la faja como lo representa el famoso cuadro de Rugendas, comiéndose una jugosa tajada de sandía o famélico, deshecho y triste, quemado por el sol del desierto, cuando en estos últimos tiempos recorrieron como mendigos las calles de la enorme urbe santiaguina, al esfuerzo de los cuales debe su prosperidad y su grandeza actuales, si aceptamos la hipótesis de don Carlos Keller (1).

No debemos buscar, con un espíritu excesivamente moralista, esta tendencia a la vida vagabunda y a la aventura, sin pensar en el mañana, como una herencia criminal. El asesino, el delincuente que llena las cárceles y los presidios, pudiera tener su origen en el alcoholismo y más adelante, en las enfermedades de trascendencia social. Este hombre que rompía las cadenas del feudo-inquilinaje para aventurar y buscar una vida más clara y menos esclavizada, era con frecuencia un individuo de perfecta salud moral y física. Lo empujaba, sin que él lo sospechase, una fuerza interior, una inquietud que encontraba excesivamente estrechos los corrales del fundo y las siembras de trigo. Una casualidad podía determinar el porvenir de cada uno de estos individuos y convertirlos en soldados o bandidos. En el fondo, constituían lo mejor de la raza, lo más granado, lo más audaz; pero las circunstancias de un país apenas formado, no les daba la ocasión de convertirse en héroes.

Sin embargo, apenas estalló la lucha de la Independencia y vinieron para Chile los días de la Reconquista, todos esos bandidos de Teno, los que formaban "La Partida del Alba" y los que asaltaban a los viajeros en las cuevas de "Lo Prado" y de "Lo Zapata" se prestaron a ayudar a Manuel Rodríguez, y el propio San Martín escribió a su jefe, José Miguel Neira, dándole cordialmente el nombre de amigo.

La mayoría de estos guerrilleros de los cuales se aprovechó tan inteligentemente Manuel Rodríguez, y con los que dió los asaltos a Melipilla y San Bernardo no fueron sino estos bandidos a los cuales el azar había encauzado extrañamente. La lucha de la Independencia había unido, por un momento, a las clases sociales existentes en Chile. Desapareció, por el odio común a los *maturrangos* o españoles peninsulares, la sorda molestia entre el descendiente de los encodemenderos, el dueño del fundo y los inquilinos, herederos de los siervos de los repartimientos coloniales.

El caso de este héroe convertido en guerrillero no es, como debemos suponerlo, un producto exclusivo de Chile. En

(1) Carlos Keller. La eterna crisis chilena.

Chile ha tenido caracteres regionales, debidos al medio y a los componentes étnicos del pueblo.

En la España heroica, nacida en las montañas cantábricas, muchos de estos héroes que salían a *correr el campo, campeadores* o, como decían en Chile: *salir al camino, saltar*, en el fondo eran hombres fuera de la ley, pero que encarnaban como éstos de que estamos hablando, un sentido social y el pueblo, poco a poco, iba moldeándolos, según su deseo colectivo. El Cid, Bernardo del Carpio y tantos héroes de los Cantares de Gesta y del Romancero no tuvieron otro origen. En nuestro Chile, por un curioso fenómeno de aislamiento, de separación demasiado grande entre el pueblo y la aristocracia, sobre todo en la época de la formación de la república, este héroe no tuvo interpretación ni popular ni literaria. El pueblo debió recitar corridos sobre Rodríguez, sobre Neira, sobre Benavides, sobre los Pincheira (de éstos se sabía que tenían sus *puetas*, verdaderos juglares de sus hazañas), pero éstos no llegaron a cristalizarse en poemas y novelas. La aristocracia no vió el lado pintoresco de estos hombres. Los consideró, como era lógico (eran los dueños de la tierra), como enemigos. Sólo un siglo después, comienzan a surgir interpretaciones novelescas sobre estos hombres típicos, productos de una raza y de una época.

Si comparamos este fenómeno racial de Chile con el de la República Argentina, vemos inmediatamente la diferencia. El gaucho y el patrón, en la inmensa pampa, hacían una vida casi de camaradería. Si el gaucho notaba algo que no le agradaba en la vida de la estancia, ensillaba su flete y desaparecía. La pampa le daba de todo, caballos y vacunos baguales. No hubo, pues, una diferenciación racial muy grande entre el dueño de la estancia y el trabajador, domador o esquilador en las faenas camperas. El propio patrón era gaucho que tocaba la guitarra y chupaba el mate amargo, bajo el ombú, como cualquiera de sus subordinados. Hubo, pues, una mayor comprensión entre amos y criados. El propio Rozas, que se crió en la pampa, se vistió con chiripá y botas de potro y estaba orgulloso de hablar a la manera arrastrada de los gauchos de la pampa. La tradición de la llanura y de la vida de los gauchos no se perdió. El corrido popular, convertido en juglarescas quintillas o cantares, se hizo literatura.

Y nacieron el Martín Fierro y el Santos Vega, antecesores lógicos del Segundo Sombra de Giraldez, última y definitiva interpretación de la pampa y del gaucho. Esto, naturalmente ha enriquecido mucho la literatura gauchesca, como lo anota Ricardo Rojas en su "Historia de la Literatura Argentina". En la novela, en la poesía lírica y en la dramática, la

obra de los argentinos sobre el gauchaje es copiosa; en cambio, la de Chile, sobre estos hombres de los comienzos de la república, es muy poco considerable. No existe, desde luego, un poema como el "Martín Fierro". "El bandido" de Salvador Sanfuentes del cual vamos a hablar en la parte correspondiente a la interpretación literaria, no es sino lo que hoy día se conoce con la palabra francesa *pastiche*. Si descontamos las monografías, los ensayos, las historias, la parte puramente literaria es muy reducida y fragmentaria. Todo está por hacerse. El documento está a la mano y espera sus intérpretes. Lástima es que no se conserven los corridos, donde el pueblo ingenuamente daba su parecer sobre los bandidos que habían simpatizado con él. Los poetas populares nuestros, como Guajardo y Sebastián Cangalla y más adelante, en 1879, Lillo y Gallardo, hoy día el ciego Peralta, son de vuelo corto y sus décimas o romances, aunque a veces muy graciosos, no son la creación de un tipo ni la descripción de su vida.

Tal vez donde se halle el comienzo de un poema de esta especie sea en la historia del mulato Taguada y don Javier de la Rosa, el palador popular y el pallador caballero, en cuya pelea vence el hombre culto y el mulato se suicida. Es como un símbolo de la muerte de la poesía popular. Acevedo Hernández aprovechó el asunto para un sainete muy animado y muy chileno que se llama "Los palladores" (1).

En esta reducida literatura sobre el bandido y el roto que vamos a estudiar, faltan aún muchos aspectos pintorescos que esperan la interpretación de los poetas y de los novelistas de Chile y que voy a abarcar en una rápida síntesis tomando como base la biogeografía de Chile, conectada con la evolución social.

La novela de Chañarcillo, de sus cangalleros y de sus apires, las típicas costumbres de los mineros no han salido del terreno del artículo periodístico (Jotabeche) o de las memorias personales (Pérez Rosales). La estilización novelesca o poética no existe aún. Lo mismo podemos decir del movimiento hacia California, el vértigo del oro, epopeya de raza que aún no tiene su narrador.

Si tomamos en cuenta la vida heroica del salitre, la enorme avalancha que de Chile, del Perú y de Bolivia llenó el desierto y los tipos que, en las primitivas faenas, se destacaron por su hombría y sus condiciones, la vida peligrosa de los contrabandistas de alcohol, pisqueros o espiniadores o los llamados huachucheros en el mineral del Teniente, tampoco tienen realización literaria. La epopeya del salitre, la vida del

(1) Revista Atevea, 1931.

Chichero y del Chango Aracena se han quedado sin su creación correspondiente.

Aún los bandidos como el Cenizo (Paulino Salas) o José Miguel Neira, que tanto papel representaron en la Independencia, no han servido sino fragmentariamente a algunos escritores de valía como Blest Gana y a otros de menor calidad artística como Ulloa. La novela de Neira o del Cenizo, especie de Facundo Quiroga de nuestra vida republicana, no han tenido en Chile su Sarmiento.

Más adelante, Pancho Falcato y Ciriaco Contreras, tan característicos de la época posterior a Portales, permanecen inéditos, el uno en el libro de Ulloa; el otro en unos artículos de Rafael Maluenda publicados en El Mercurio de 1924 y alusiones en algunas novelas.

Nada digo de los descendientes de Falcato y Contreras en el valle central y alrededores de Santiago, el Flaco Manuel y el Huaso Raimundo. El primero sólo vive en la crónica roja de los diarios de 1925 y en los partes policiales; el otro, con mejor suerte, ha dado origen aun romance popular de A. Torres Rioseco, publicado en su libro "Ausencia" de 1932.

Volviendo hacia los años posteriores a la Independencia, cuando se preparaba la expedición libertadora del Perú, el sur de Chile con sus hordas de pehuenches, azuzados por hombres habilísimos y audaces, dió origen a la guerra a muerte. Entran al escenario Benavides y los Pincheiras. Ya no son partidas que asaltan las casas de los fundos, sino verdaderos ejércitos, perfectamente armados y que se amparan en las banderas del rey para justificar sus crueldades y sus robos. Verdaderos pueblos ambulantes con familias y cabalgaduras, se trasladan siguiendo los azares de la guerra, de la cordillera al mar, de los males de la serranía a los puntos estratégicos de Arauco y de Lébu. Un fondo oscuro, cuajado de lanzas mapuches, cierra este cuadro trágico.

Pues bien, Benavides y los Pincheiras aún están inéditos literariamente. La documentación existe. Existen las compulsaciones históricas, pero la novela, el drama y el poema aún no han nacido.

El sur de Chile, la frontera épica de los cronistas, va a dar lugar, al quemarse la selva y nacer, como un rosario de fuertes, todos los pueblos de la zona, Victoria, Temuco, Freire y Loncoche, etc., a una vida heroica, en los claros del bosque y en las gargantas de los cerros. Tan grave fué la situación de los colonos que vivieron en las selvas de Temuco y de sus alrededores que dió origen a los famosos gendarmes de la frontera, los trizzanos, del nombre de su salvador, Hernán Trizzano. Salvo algunos cuentos de Mariano Latorre y de

Fernando Santiván nada hay sino las crónicas de la Araucanía y de Navarro y de Lara.

Y lo mismo podríamos decir de la época heroica de Aysen y Magallanes, que evocan el Far West y sus Cow boys. Inéditos en nuestra literatura. Terminaré, por último, recordando al hermano del bandido de tierra, al pirata, no muy frecuente en la costa de Chile, salvo los corsarios de la primera época de la república, permitidos por el Gobierno. Un viejo barco, armado en corso, tomó por asalto en la bahía de Arica a la fragata Minerva que traía un rico cargamento para las ciudades del Alto Perú. Los apresadores de la Minerva, de acuerdo con la psicología del roto, habían ya vendido sus derechos al botín a los comerciantes de Valparaíso.

Pero éstos, recuerdan más a Europa y a los métodos de guerra que las naciones del viejo continente habían puesto de moda a principios del siglo XIX.

Terribles y trágicos, como una escena de piratería berberisca, en plena Edad Media, son las hazañas del famoso pirata de la isla de Chiloé, Jacinto Nahuelpán. Era un chilote de pura raza huiliche. Chato y cobrizo. Había nacido en los Canales, en Quilén. Juntóse con varios camaradas de la región y robaron una lancha, matando a todos sus tripulantes. Esa fué su táctica. El que volviese podía contar en las islas cuál era el origen de tantos chilotes de todas las clases sociales, desaparecidos.

Aprovechábanse, para eso, del comercio que existía entre las Guaitecas y las islas. Volvían cargados de choros y de tablas de ciprés. Era lo que Nahuelpán y sus secuaces aprovechaban para ir a venderlo a Puerto Montt. Hasta un bergantín cayó en su poder, pero uno de los tripulantes se salvó. Y esta fué la causa de su ruina.

El año 1866 fué fusilado en Castro el último de los piratas de los Canales.

Parecían haber aprendido, a través de siglos, de generación en generación, el procedimiento de ingleses y holandeses contra sus islas en los siglos XVII y XVIII. Ellos los aplicaron en el siglo XIX, y en plena civilización, pero de tales hechos no hay rastro en nuestra historia literaria.

Vamos a seguir, minuciosamente, lo que ha quedado de esos hombres, característica consecuencia de una evolución social, en la historia y en el ensayo y sobre todo, en la poesía, en la novela y en el cuento.

PRIMERA PARTE

LOS BANDIDOS EN LA INDEPENDENCIA Y EN LA REPUBLICA

Indios y negros esclavos que se fugan de los encomenderos y forman partidas de salteadores.— Los pehuenches, sus aliados.— El primer bandido chileno: Pascual Liberona, el Brujo.— Los rotos de la frontera.— Bernardo de Guevara y el corrido de los siete ladrones.— “El bandido”, poema de Salvador Sanfuentes.— Los bandidos y la revolución de la Independencia.— Los mulatos.— Neira y “La Partida de Alba”.— Benavides, el montonero.— Una novela de José Conrad.— Los Pincheiras.— El huaso Rodríguez.— Los cerrillos de Teno.— Pancho Falcato.— California y el vértigo del oro.— Joaquín Murieta.— El Mineral de Caracoles.— El Chichero.— Ciriaco Contreras y la policía de Santiago.— El flaco Manuel y el huaso Raimundo.

Los primeros salteadores, en la zona central de Chile fueron los pehuenches de la falda oriental de la cordillera y los esclavos fugados de las haciendas, por el excesivo trabajo a que se les sometía y por temor a las penas inhumanas con que se les castigaba. Entre estos ladrones había indios civilizados y esclavos negros de las encomiendas. Reuníanse poco a poco y formaban cuadrillas que atacaban a los viajeros, sin asaltar aún los fundos, refugiándose en las faldas chilenas de la cordillera o en los tupidos bosques de la costa, si algún corregidor más activo intentaba perseguirlos.

Aún no se destacaba un capitán o una personalidad más activa e inteligente que se aprovechase de su odio al encomendero. Eran hordas que fácilmente se disolvían. Su crimen era robos de animales, peleas en las chicherías, canchas de bolas y chinganas de los suburbios de las nacientes ciudades de la colonia, correrías en los Cerrillos de Teno, llanos de Cumpeo y ataques a los arrees que, con cargas de plata, atravesaban la cuesta de Chacabuco e iban a Mendoza.

El padre Diego de Rosales en su “Historia Civil del Reino de Chile” habla ya de estos ladrones que frecuentaban los alrededores de Santiago, Teno y Cumpeo.

En Santiago mismo el Corregidor Zañartu hizo los tajamares con presidarios y vagos de la Cañadilla y de la cancha

del río. Mientras vivió el corregidor Zañartu los bandidos no prosperaron, pero a su muerte comienzan en la región de Lampa, en la cuesta de Chacabuco hasta Mendoza y en el camino a Valparaíso, los salteos y los robos.

Es entonces cuando aparece el primer bandido típico de Chile, el célebre Pascual Liberona, llamado el Brujo, por la facilidad con que se escondía y se hacía invisible.

Liberona vivió a fines del siglo XVIII, entre 1780 y 1790. Fué un hombre astuto y provisto de esa ironía campechana que caracteriza al roto. Era, en realidad, un perfecto roto, porque el arrabal de la Cañadilla fué su cuna y de ahí extendió sus manejos por el camino a la Argentina. Había en él más del hombre sub-urbano que del huaso, aunque emplease cuadrillas y encubridores y se internase, cuando era menester, por las gargantas de la cordillera, al cajón del río Aconcagua hasta bajar a Mendoza misma.

En 1793 sorprende Liberona una carga de doblones que ciertos comerciantes de Santiago enviaban en pago de sus mercaderías a Mendoza. Durante mucho tiempo no se oyó hablar del bandido por el lado chileno.

Había en él un ingenio lleno de recursos. Cuenta don Abel Rosales en "La Cañadilla de Santiago" la llegada de Liberona, vestido de fraile franciscano a la cárcel de San Pablo en demanda de un pobre encarcelado, con el cual concierta un plan de evasión. Llega a caballo y vestido de mujer a la cancha del río, donde han salido los presos a trabajar. El reo monta y escapa.

Su enemigo fué el severo corregidor Juan Rodríguez Ballesteros, a quien desafió, colocando un cartel en la cárcel con estas palabras:

Ballesteros a ahorcar
y nosotros a saltar.

A lo que el corregidor respondió humorísticamente, en el mismo papel:

Siga la danza
y veremos quién se cansa.

En efecto, dos años después fué cogido Liberona y ahorcado en el rollo o cárcel pública.

Liberona se aprovechó hábilmente de la carencia de policía que existía en ese período en todo Chile. Los ayucos o esbirros pagados, entre los cuales se metía astutamente Liberona disfrazado de campesino o de roto pililo, no podían tener

don alguno policíaco, ya que desempeñaban no sólo su papel de agentes, sino también servían de escolta al Presidente o cargaban las andas en las procesiones, verdaderas fiestas de la era colonial.

No hay mención literaria alguna sobre Liberoña en la literatura colonial. Quizá algún corrido, quizá alguna leyenda desaparecida, deshecha por el tiempo.

La primera interpretación literaria es un romance de Bernardo de Guevara que relata la muerte simultánea de siete ladrones en la mina de oro de la señora María del Rosario Muchástegui, en Petorca.

No hay objetividad ni detalles típicos en los versos de Guevara. Todo él está impregnado del Gongorismo como casi toda la poesía hispano-americana de este siglo. Y el objeto del romance es poner de manifiesto cómo castiga Dios a los ladrones. Se ve claramente cómo los encomenderos se valían de todos los medios de persuasión para defender su oro de los indios y mestizos que, sin sublevarse todavía, procuraban sacar el mayor partido posible del laborioso esfuerzo que se les exigía.

No podemos tomar en cuenta, tampoco, como tipos de bandidos u hombres fuera de la ley a los soldados que peicaban en la frontera, contra los araucanos. Había ya, en éstos, el germen visible del futuro salteador de la época de la Independencia, de principios del siglo XIX.

Estos rotos de la frontera, como aquellos esclavos y negros, son los antecesores del Cenizo y de Neira. Cuenta Vicuña Mackenna que cuando llegaban estos veteranos a la capital producíase el pánico en las aldeas de las orillas del Mapocho. Corríase la voz: ¡Ya vienen los rotos de la frontera!

Estos soldados de la Araucanía juntábanse en grupos y venían a exigir a la capital del Reino, por medio de la amenaza y del hecho, sus soldadas insolutas. Arrogantes en sus harapos, llenos de cicatrices, arrebatában su capa al primero que se ponía frente a ellos o le quitaban en singular combate, como en una comedia de capa y espada, sus ducados y sus onzas a los más ricos.

Y estos soldados de la frontera, donde había ya muchos mestizos de los siglos XVII y XVIII, exigían algo que les correspondía, porque los agiotistas de Penco, aliados con los de Lima les habían trampeado sus pagas.

Aún en esto había un fondo de justicia que, posiblemente, fué formando esa especie de piedad colectiva, con que el pueblo va a manifestar su simpatía al salteador, sobre todo si ha caído en el campo y perseguido por la policía. Se lo va a apropiarse lisa y llanamente y todo lo que hay de ansia insatis-

fecha, de rebelión ahogada en el alma popular la tradición lo va a poner en el bandido que acaba de morir.

El poeta chileno Salvador Sanfuentes tiene un tomo de "Leyendas nacionales", entre las cuales figura una titulada "El bandido".

La época es el siglo XVIII y el escenario, una provincia austral. El protagonista es un esclavo negro y se hace bandido para vengarse de sus opresores blancos. Es azotado un día injustamente por defender a un compañero. El negro clava esa misma noche un puñal en el corazón del amo y escapa. El argumento, la psicología y el medio descritos son absurdos.

"El asunto de "El bandido" es de pura imaginación y no ofrece ni las apariencias de la realidad", dice don Domingo Amunátegui.

Carece el poema, desde luego, de sabor local, de verisimilitud. En Chile hubo pocos negros. El clima no les fué favorable y perecieron; por lo demás, sus precios eran subidos y Chile era una de las colonias más pobres de América. Los terratenientes no los compraban en mucha abundancia.

El personaje de Sanfuentes no sólo ha resistido el clima, sino que vive, con vida libre y difícil, en las húmedas selvas del sur. Ha robado una niña y el único objeto de su vida, desde ese momento, es María. El negro se entrega el día en que la niña muere.

Es visible la influencia romántica, en el fondo y en la forma. Anotaremos que es una lástima, si es que el lejano origen del poema pudo ser un hecho real que el poeta no haya ahondado en el asunto y decoración del poema, como lo hizo, por ejemplo, en "El campanario" y marcadamente en las octavas reales, tituladas "Un marqués de antiguo tipo".

El mulato chileno apenas aparece a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Es un elemento pintoresco que nuestra literatura no tiene y que da un colorido originalísimo (el negro es imaginativo) a las literaturas tropicales, enriqueciendo el folklore de esos pueblos.

René Brickles hace la historia en su novela "Un soldado de la patria vieja" del batallón de los Sardos, compuesto casi exclusivamente de negros que perecieron en su mayoría en el sitio de Talcahuano y en los lodazales del sitio de Chillán.

No menos real es la estampa del mulato Callana que nos pinta Alberto Blest Gana en su novela "Durante la Reconquista". Humilde y obsequioso, la sonrisa pegada a los labios y en los labios el reverencial "Buenos días, señores condes y marqueses", cosa que transmitía a los señorones santiaguinos las noticias y chismes de palacio.

En la novela de doña Inés Echeverría "Cuando mi tie-

rra nació", píntase algunas criadas negras, de viejas casonas de Santiago, Cariñosas y humildes, pegadas a la casa y al amo como perros fieles, eran duchas en dulces, tisanas y brujerías.

¡Qué contraste con la resignación callada del indio de la encomienda y con el altivo gesto del roto, decorado con su boquete maulino y su cuchillo belduque entre los pliegues sangrientos de su faja típica!

Concientemente me he apartado un poco del tema esencial de mi memoria para hacer notar cómo don Salvador Sanfuentes pintó un esclavo negro, falso y literario, el reverso del mulato Callana, de los pacientes soldados del batallón "Infantes de la Patria" y de las negras, fabricantes de alfajores y dulces chilenos, tan frecuentes en el Santiago de la segunda mitad del siglo XIX. Los negros desaparecieron, fundidos en la masa popular, pero su herencia de merengues y bizcochuelos, aún subsiste en los acreditados pastelillos de la Antonina Tapia, en la calle del Sauce, hoy San Martín.

En la novela de Blest Gana que hemos citado "Durante la Reconquista", figura junto a Neira y ayudando a Rodríguez, el roto Cámara. Cámara no es un bandido, pero su vida está en el punto preciso en que termina la legalidad y empieza lo penado por la ley. Tiene mucho de huaso, otro poco de soldado, una vigorosa constitución y un espíritu altivo que lo hace desenvainar el corvo a la menor palabra que él suponga una ofensa a su dignidad varonil. Tenía, dice Blest Gana, el instinto de la lucha y el desprecio del peligro. Y junto a esto un indomitable espíritu tenorresco. En cada pueblo dejaba una querida y un huacho.

La Independencia hizo de él un soldado y junto con Neira ayudó a Rodríguez en los asaltos a Melipilla y San Fernando y en las guerrillas que perturbaron por completo el criterio de Marcó del Pont; pero él se presenta en un punto indeciso, que lo acerca más al roto individualista y solitario, en el fondo sin grandes odios ni violentas pasiones, contento con su pobreza y con la independencia de su vida aventurera.

José Miguel Neira es otra cosa. Neira es el típico bandido de los campos chilenos. Hay en él un enérgico espíritu de lucha y una astucia a toda prueba. Esa vida azarosa, es su espíritu mismo. Ama el asalto y ha de complacerse en el gesto todopoderoso de dar la muerte o de perdonar la vida. Ha de sentir una malsana ebriedad al oír los gritos de las víctimas, el detonar de los balazos y el correr de la sangre sobre la piel de las víctimas estremecidas de terror. Esto ha de ser en él inconsciente e indomitable. Tal es así, que después de la batalla de Maipú, vuelve a su vida de salteador y Freire, de guar-

nición en Talca, lo hace fusilar, después de amonestarle varias veces.

Neira es, quizá de los bandidos de la primera época que ha tenido mayor número de intérpretes, sobre todo de carácter histórico o monográfico. Sólo un verdadero escritor, Blest Gana, lo ha hecho personaje de una novela, y naturalmente, personaje secundario, para hacer resaltar la figura de Rodríguez. Rodríguez con sus ímpetus, con su cultura y sus innegables dotes de caudillo, obscurece el papel de Neira en las guerrillas de la era revolucionaria. No alcanza a salir de las características de jefe de partida para convertirse en guerrero, como el caso de Facundo Quiroga. Era, en realidad, de una contextura moral más noble que Benavides, que, sin embargo, pasa a la categoría de organizador de grandes masas de soldados y de vencedor en el Pangal y Tarpellanca. El mismo Neira parece comprender que nada tiene que hacer en el ejército, una vez pasada la etapa en que se asaltan las casas de los propietarios españoles o realistas de la época. De ahí, tal vez, su decisión de volver a sus emboscadas y asaltos en los temibles cerrillos de Teno, a seguir las hazañas de "La Partida del Alba".

Neira era de humilde origen. Ovejero en la hacienda Cumpeo, en los primeros contrafuertes de la cordillera. De contextura recia, gesto decidido, moreno el rostro barbudo y brillantes y retadores los ojos. Se hizo salteador en la partida del famoso bandido Paulino Sálas, el Cenizo, cuyo prestigio entre los cerrilleros de Teno era considerable. El Cenizo era el reverso de Neira. Rubio y alto de una figura excelente, representaba el tipo caballeresco de bandolero, frente a Neira, plebeyo y brutal y que no daba cuartel a los que caían en sus manos. Eran un curioso contraste: el uno de la cordillera de los Andes, Neira: el otro, de la cordillera de la Costa, de Maule, y en el fondo representaba los dos aspectos, el del costino y el del serrano con sus cualidades y defectos. El Cenizo vive en Curicó como patriota; Neira es fusilado por sus mismos compañeros. Sin embargo, no faltaban en Neira rasgos generosos y nobles. Cuéntase de un encuentro en un camino, en la región de Cumpeo, Neira azota con su penca a un campesino de la región y éste le echa en cara que es un cobarde. Le entrega Neira un sable y empieza un duelo rápido y terrible entre ambos. Neira es vencido por el huaso. Reconoce generosamente la superioridad del otro y lo deja irse sin hacerle daño alguno.

Este episodio real es aprovechado por el novelista Ramón Liborio Brieba en su obra "Los Talaveras", donde Neira figura en la partida de guerrilleros que combate a los españoles y asalta, sin dar cuartel, la casa de los realistas. La escena es

en una noche de luna (toda una decoración romántica), y en una posada de los alrededores de Chimbarongo, a donde arriba Neira inopinadamente con numerosa partida de bandoleros. Gritos y sonajeo de espuelas. Imprecaciones. Rodríguez provoca un incidente con el jefe, a quien conoce. Duelo, a la luz de la luna. Sombras que saltan y un hombre que cae: es Neira que ha sido vencido por Rodríguez. Reconoce la superioridad de su adversario y a las palabras con que éste trata de atraerlo a la causa patriota, contesta, poniéndose incondicionalmente a sus órdenes.

El novelista ha aprovechado la anécdota del duelo de Neira con el campesino (narrada en "La Reconquista Española" de don Miguel Luis Amunátegui y recogida oralmente de boca de los mismos montoneros), colocando en su lugar a Rodríguez para enaltecer la figura de su héroe. Neira será, como en *Blest Gana*, sólo el lugar-teniente de Rodríguez.

No conozco corridos ni obras teatrales que hayan aprovechado la singularísima figura de este hombre, tan típicamente enmarcado en el nacimiento de la República. Como casi todas estas figuras, a las cuales el tiempo ha rodeado de una prestigiosa aureola, sólo historiadores y ensayistas han intentado estudios, ya pintorescos, ya simplemente informativos. En la evolución de nuestra novelística no hay ni siquiera un ensayo: sin embargo, es como un símbolo de la libertad popular, el huaso sublevado, el hombre que dejó la esclavitud de inquilino para vivir la vida libre del merodeador o del montonero.

Como acabo de advertir, las obras en que se relatan hechos de la vida de José Miguel Neira, carecen de valor artístico. Son como el documento pegado al hecho real.

Don Miguel Luis Amunátegui en "La Reconquista Española" daba abundantes datos recogidos en los campos de Colchagua y Talca, de boca de los mismos bandidos.

En "La Historia de Curicó" de don Tomás Guevara aparecen compendiadas las mismas observaciones anteriores, pero en relación con la historia de los cerrilleros de Teno.

Francisco Ulloa en "Un bandido del sur" pinta, igualmente, algunos aspectos de la vida de Neira, como sucesor del Cenizo en la Partida del Alba y aún de su actuación en las guerrillas de Rodríguez. Los detalles referentes a los cerrillos de Teno y la historia de Diego Badilla, que se casó con una mujer robada por Neira, son exactos y pintorescos. Francisco Ulloa tuvo la intención, probablemente, de estudiar malhechores y criminales de Chile y escribir algunas obras más, respecto de las cárceles y de bandidos, como Pancho Falcato.

Ricardo A. Latcham en su "Manuel Rodríguez" describe

a Neira, de acuerdo con el criterio histórico de Amunátegui y de Tomás Guevara.

Vicuña Mackenna, José Miguel Infante y en este último tiempo, Roberto Hernández, al hablar de bandoleros chilenos, citan a Neira de pasada.

Después de la muerte de Neira los cerrilleros de Teno o maulinos pela-caras continúan asolando los cerrillos y encontrando seguro refugio en los espesos romerillales de Teno y en la selva impenetrable de Chimbarongo. El último cerrillero cae, según Tomás Guevara, el año 1840.

Para no interrumpir la cronología, que he intentado en este trabajo, volveré más adelante a hablar de los cerrillos de Teno y de los bandidos posteriores. Ahora me corresponde hablar de Vicente Benavides y de los hermanos Pincheiras, bandidos y militares a la vez y capitanes de verdaderos ejércitos. El caso de Benavides y de los Pincheiras es único en América. En la época posterior a la Independencia no se encuentran en ningún país de América bandas de mil y dos mil hombres que presenten batallas y tengan, estratégicamente, el control de todo un país, de cordillera a mar.

Benavides y los Pincheiras recuerdan a través de un siglo de distancia, a los ejércitos de Pancho Villa y de Zapata en los estados del Norte de Méjico.

En un principio, obraron Benavides y los Pincheiras de acuerdo. Puede decirse que ellos tenían el dominio de la cordillera, así como Benavides el control del valle y de la cordillera de la Costa. Tanto Benavides como los Pincheiras habían conseguido la adhesión de los indios pehuenches que, con sus hordas de mocetones, sus caballos crinudos y sus lanzas de coligüe entraban a saco en los pueblos y fundos de toda la región sureña. Derrotado Benavides por Prieto, los Pincheiras continúan sus acciones de guerra y sus depredaciones por la Cordillera, desde Chillán a Talca.

En el fondo, habían encontrado una justificación honrosa para luchar, sobre todo los Pincheiras, uno de los cuales, Antonio peleó como cabo en la batalla de Maipú. No tiene nada de extraño que el sur de Chile, tan aislado de Santiago, fuese en su mayoría partidario del rey, ya que los entusiasmos de la Independencia, del nuevo Chile, llegaron tardíamente a la zona austral. Por la demás, O'Higgins y San Martín preparaban la expedición libertadora al Perú y el sur de Chile permaneció abandonado por completo.

El caso del tético montonero Benavides es diverso. Su línea de carácter es más tortuosa que la de los Pincheiras, que fueron perseguidos en el campo donde nacieron por su realismo. Es preciso pensar qué realismo era, al mismo tiempo, fe

cristiana y la idea de independencia implicaba el descreimiento, la burla de lo sagrado.

Benavides fué arriero. Recorrió de adolescente y de hombre maduro toda la región en que había de actuar en tiempos posteriores. Tenía, pues, el ojo certero, casi sobrenatural, del baqueano, del que conoce todos los vericuetos y todos los vados de los ríos y los güalves y tremedales más inabordables.

Los que han escrito sobre Benavides han exagerado, sin lugar a dudas. Vicuña Mackenna, excesivamente empapado de patriotismo, pinta con los colores más trágicos la actuación de Benavides. La excesiva acumulación de denuestos y de frases conminatorias le impide casi analizar la actuación del montonero. Su libro es, sobre todo, abundante en datos, en documentos no compulsados anteriormente y que, cogidos por un hombre menos apasionado, podrían dar mayor luz sobre este hombre extraño y fatal, de la primera época de la república.

El estudio de Barros Arana sobre Benavides y sus campañas es históricamente correcto, pero falta la animación necesaria. Lo mismo podríamos decir del capítulo que consagra don Miguel Luis Amunátegui a Benavides en el libro "La dictadura de O'Higgins".

Puede afirmarse que es don Tomás Guevara el que ha estudiado con mayor imparcialidad y más hondura, la figura del famoso montonero en su libro "Los araucanos en la revolución de la Independencia".

Era alto y musculoso, de color moreno muy teñido y pelo tieso y obscuro. Seguramente había en él mucho de indígena. Se sabe, de su excesiva afición al alcohol, al aguardiente y esto puede explicar, al mismo tiempo, sus decisiones súbitas y su absoluta falta de coherencia mental. Puede suponerse, igualmente, una herencia alcohólica, intensificada por lo que había en él de sangre india. ;

Así se explicarían los violentos arrebatos de cólera, que lo conducen a las mayores crueldades con los prisioneros y al mismo tiempo, su ternura y su afecto por su mujer, Teresa Ferrer, un tipo de mujer criolla, abnegada, que lo siguió hasta su ahorcamiento en la plaza de Santiago. Su desbocada sensualidad, a pesar del cariño por su esposa y su fe primitiva y curiosa por la Virgen de las Mercedes, hasta momentos antes de morir.

Asimismo, debemos suponer hijos de esta naturaleza, deformada hereditariamente, sus traiciones y sus burdas y frecuentes mentiras; sin embargo, había en él un admirable organizador de reclutas. Conocía al mestizo a fondo. Sabía de sus abnegadas condiciones de soldado y se había atraído a los pehuenches, a quienes prometía saqueos y mujeres blancas.

Cuenta Basilio Hall una anécdota muy curiosa. Un capitán norteamericano, a quien tomó su buque Benavides, vió desfilar los reclutas en Arauco. Benavides los seguía con afecto y de pronto, exclamó: Si yo tuviera cornetas, llevaría estos hombres hasta el mismo Santiago. El capitán, para congraciarse con él, le dijo que podía fabricarle cornetas con los cobres y metales de las fragatas varadas en el golfo de Arauco.

Pero la predicción del montonero no se realizó. Su ambicioso proyecto de llegar con Pico y los Pincheiras hasta Santiago mismo, no se efectuó, a pesar de su victoria en Pangal y Tarpellanca.

Algo había en él que le impedía la grandeza de la concepción. Un impulso innato que, en un momento dado, lo obligaba a cometer las peores villanías y los actos más cobardes. El asesinar a Alcázar en Tarpellanca, después de haberse rendido, por ejemplo y el abandonar a sus soldados después de su derrota en las Vegas de Saldías, al embarcarse en Lébu furtivamente y huir hacia el Perú. Ahí fué traicionado por Maineri, su asesor marítimo, que ya estaba de acuerdo con las autoridades santiaguinas para entregarlo; la balsa se acercó a tierra, falta de agua, en la costa de Tarpellanca, provincia de Colchagua.

He ahí, a grandes rasgos, el retrato del montonero. Era indudablemente, un soldado y no un salteador, a pesar de sus crueldades y abusos de todo género. Pico y él se completaban, porque el ímpetu del español de nada había servido sin la organización previa de la infantería y de la caballería, dirigidas por Benavides.

Llena un período entero de la vida de la república, el llamado la *guerra a muerte*, desde 1819 a 1822.

No hay tampoco un libro orgánico en nuestra literatura sobre este montonero, a pesar de la abundancia de la documentación y lo pintoresco de los cuadros y de los hechos de las guerrillas.

Está aún Benavides, dentro del período de la historia. Su vida dormita en las monografías y en los documentos de los archivos. El poeta y el novelador no han ido a sacarlo para darle vida mediante la creación artística.

En nuestra literatura sólo han sido interpretados dos episodios: el de las monjas trinitarias, que siguieron las eventualidades de las campañas de sur por bosques y montañas, movidas de su lealtad al rey de España y el episodio de la isla de Tarpellanca, en el Bío-Bío, en que pereció el viejo mariscal Alcázar con la guarnición de Los Angeles.

Años después, aún los viejos recitaban una copla resignada y fatalista en que se mezclan las palabras indígenas con las

españolas, que denota, en forma visible, el fenómeno racial de mestizaje que se operaba en el sur de Chile, porque así como había indios de la cordillera, pehuenches, que acompañaban a Benavides y a los Pincheiras, los había leales que combatían con los indios que bajaban de sus malales cordilleranos.

“Chi Tornagüillín pasó
el *cañu* feroz y cruel
y al mariscal atacó
¡*Huenu Mapu* le de bien!”

Las palabras *cañu* (enemigo: se refiere a Benavides) y *Huenu Mapu* (el dios de la tierra) aclaran el sentido de la estrofa, una verdadera estrofa mestiza, conservada por la tradición desde la víspera de Tarpellanca.

Tarpellanca y la cínica tradición del montonero están contadas en una novelita histórica que lleva ese mismo título y que publicó Joaquín Díaz Garcés en el *Pacífico Magazine* del año 1915. El mismo autor explota el episodio de las monjas trinitarias de Concepción que siguieron la suerte de los montoneros, por selvas y cordilleras.

El señor Orestes Serrato publicó hace poco un romance chileno. Entre los romances figura uno sobre Benavides y algunos episodios de su vida. El romance es mediocre. Muy apegado al documento. Carece, en absoluto, de sabor popular.

De muchísimo más interés es la novela “Gaspar Ruiz”, que se refiere, sin lugar a dudas a Benavides, del escritor inglés José Conrad. Figura en la colección titulada “A set of six”.

Es curioso determinar cómo este personaje despertó la curiosidad del novelista. El mismo se encarga de aclararnos el enigma.

“En cuanto al personaje mismo (Gaspar Ruiz), lo he hallado en el libro de Basilio Hall (1), que tuvo el comando, durante los años 1824 y 1828, de una escuadrilla inglesa en la costa occidental de la América del Sur”.

El novelista hace relatar el hecho a un oficial del ejército chileno, el general Santierra, que fué testigo de las traiciones del héroe y a quien Conrad ennoblece, dándole la característica fatalista de los héroes conradianos. La figura de Ruiz (Benavides), viene a ser hermana de Lord Jim y de Nostrono (2). La vida, llena de traiciones, la explica Conrad por algo supe-

(1) B. Hall. Extracto de un diario de viaje a Chile, Perú y Méjico. Santiago, 1906. Traducción de F. Gana.

(2) Novelas de Conrad.

rior al destino del héroe. El amor, y en esto el novelista inglés estaba en lo cierto; lo acompaña hasta el último momento de Ruiz que muere en un momento y no en la horca como el personaje histórico; sin embargo, el libro de Hall da detalles verídicos sobre la muerte del montonero.

Conrad había cogido al vuelo el asunto y su imaginación creó, sencillamente, este hermano literario del guerrillero de Arauco.

"Los hechos, explica el novelista, pueden encontrarlos los curiosos en el segundo volumen de Hall, no sé en qué página, pero no muy lejos del fin".

Es indispensable hablar, al referirnos a Benavides, de los hermanos Pincheiras. Son, en el fondo, continuadores de Benavides. Ninguno de ellos tiene la definida personalidad del montonero y en el fondo los hechos mismos, los asaltos a San Carlos, Chillán y Linares y los innumerables robos y asesinatos perpetrados por las partidas que bajaban de la cordillera al llano, tienen la responsabilidad colectiva de todos ellos. "Cueva de los Pincheiras", "Isla de los Pincheiras", se dice en los cajones de los ríos Renegado y Maule y en la historia la responsabilidad es colectiva.

Eran hijos de un labriego de Cato, en la montaña de Chillán, y eran cuatro: Antonio, Pablo, José Antonio y Santos. Montoneros fueron sólo los tres primeros.

El mayor fué soldado realista. En Maipú era cabo y esto lo sabían en su comarca nativa. Se le persiguió. Indignado, arrastró consigo a sus hermanos y resolvió armar montoneras para molestar a los patriotas de Chillán.

Era valiente, astuto, aunque sanguinario y desleal. Murió en 1823.

Su hermano Santos murió ahogado en un río cordillerano.

Pablo fué el sucesor de la montonera. Era cruel y cobarde. El general Bulnes, al derrotarlo en 1832, lo hizo perecer a sablazos.

El menor, José Antonio, era el de mejor calidad moral. Fué él quien se tomó a Mendoza en 1829. Al ser derrotado por Bulnes, capituló y se le perdonó la vida. Fué administrador de la hacienda *Quillay*, que perteneció al General Joaquín Prieto.

Su guarida o malal estaba en lo más abrupto de la cordillera chillaneja. Era éste su cuartel general, pero la montañosa región subandina, compuesta de espesas selvas de quillayes, robles y coigües, desde el Maule hasta la Araucanía, era conocida palmo a palmo por los montoneros. De ahí bajaban, con sus aliados los pehuenches, las hordas salvajes a

asolar los pueblos del valle central, a quemar las casas, llevarse víveres y dinero y sobre todo mujeres. Dice Vicuña Mackenna que en el campamento había cerca de mil mujeres, concubinas de los foragidos.

Así fué asolado Chillán en 1819, dos veces consecutivas. En 1820 le tocó el turno a San Carlos, que fué asaltada por Antonio Pincheira y los pehuenches, en medio de un chivateo aterrador. Hubo indios que se llevaron hasta dos mujeres cada uno; una adelante del caballo y otra en las ancas. Algunos meses después fué asaltado Parral, y en 1823, Linares, donde escogieron las más hermosas niñas de la población, las echaron al anca de sus caballos y se fueron a sus guaridas de la Montaña. Aquí murió Antonio de un balazo. Pablo continuó de las hazañas y salteos. Hasta cerca de San José, frente a Santiago alcanzó a llegar, recorriendo por ásperas serranías, cerca de ciento cincuenta leguas.

Respecto de los Pincheiras, nuestros escritores nada han hecho. He ahí otra riquísima veta, aún no explotada en la literatura chilena.

La interpretación histórica es abundante. Puede decirse que el tema está agotado. Desde Barros Arana y don Claudio Gay a don Horacio Lara, desde Sotomayor Valdés a Vicuña Mackenna. El folklore debió ser también abundante.

Menos trágicos que Benavides, menos arrebatados, tenían muchas de las aficiones de los huasos: la guitarra, las mujeres, el buen trago, las remoliendas, las canciones y los romances. Su ambición era más rústica que la de Benavides cuya alma enfermiza soñaba con la gloria y el poder, posiblemente envidioso de San Martín y de O'Higgins. Así, entre sus propios compañeros, había algunos palladores o *puetas* que cantaban en décimas o corridos las proezas de sus jefes.

Desgraciadamente de los versos de esos *puetas* cuyos nombres han subsistido, Torres y Arriagada, nada se conserva. El olvido ha puesto su lápida sobre esos doce años de asaltos y de crímenes, trágica epopeya de las cordilleras del sur de Chile.

Terminadas las montoneras de los Pincheiras, disueltas sus guerrillas, viene la calma en los escenarios del sur. Los pehuenches, amedrentados, se retiran sus montañas. Los viejos bandidos de las guerrillas o se hacen agricultores, ingresan al ejército o se corren hacia el norte, en busca de aventuras y de campo propicio para su vida irregular. Muchos se fueron, más tarde, a Chañarcillo o se embarcaron en los veleros que, con rumbo a California, salían constantemente

de Valparaíso a fines de la primera mitad del siglo XIX. Algunos figuran entre los compañeros de Joaquín Murieta.

Esto y la férrea mano de Portales, que, dictatorialmente, se había propuesto terminar con el bandolerismo, contribuyeron a la tranquilidad del país. Debió ser de un interés peculiarísimo ver esos carros enrejados que iban por los caminos y por las afueras de las ciudades, con los ladrones, vagos y bandoleros atados como animales con cadenas y pesadas jarcias. En estos carros estuvo, durante años, el famoso Pancho Falcató y desde ellos perpetraba sus robos con habilísima agudeza.

No he de cerrar esta época, tan agitada y pintoresca en la historia de los bandidos chilenos, sin hablar del huaso Rodríguez, que con perfiles tan netos y vivos, nos pinta Pérez Rosales en los "Recuerdos del Pasado".

No fué Rodríguez, precisamente, un salteador en el sentido estricto de la palabra. En una trilla tiene un desafío con un viejo minero de Alhué. Pelean, machete en mano y a caballo, en medio de un círculo de hombres montados. Rodríguez abre el cráneo a su rival de un machetazo y luego huye. Perseguido en medio de las gargantas de la cordillera, se lanza en un precipicio y cae en la nieve. Ahí queda su caballo muerto y se ve a un hombre que gatea en el blanco ventisquero, libre ya de los soldados que lo perseguían.

Este hombre, "alto de cuerpo, de rostro blanco y encendido, de ojos azules, de nariz aguileña, de pelo rubio y colorado bigote", era el huaso de Lolol Juan Antonio Rodríguez, que llegó a ser, más tarde, en Mendoza, verdadero tirano de aquella región de la pampa. A la muerte de Aldao, San Rafael se convirtió en un pequeño estado y sometido sólo en el nombre a las autoridades de Mendoza. El *chileno Rodríguez*, como decían los gauchos, era el *padre de todos los cuyanos honrados*. Esto no impidió que muriese fusilado en 1848.

Vemos en él, estudiado desde un punto de vista psicológico-social, al hombre libertario, vanidoso e independiente, con algo de esa vanidad quisquillosa de los conquistadores españoles. Agricultor de profesión, fácilmente se hace soldado y de soldado se convierte en gobernante, a la pata la llana, según su leal saber y entender como lo fueron casi todos los primeros mandatarios de las repúblicas, desgajadas del tronco español.

La pintoresca figura del huaso Rodríguez, en dos aspectos esenciales de su vida (el desafío y el acto épico de su huída ha sido explotada en nuestra literatura moderna

por el escritor Rafael Maluenda. En la primera colección de relatos breves, publicados por Maluenda, "Escenas de la vida campesina" figuran dos cuentos uno titulado "Los dos" (el desafío) y otro Perseguido (la fuga).

Maluenda se aparta del hecho histórico, convirtiendo su personaje, simplemente en un bandido, a quien persigue la política, Aparta, igualmente, los hechos, atribuyendo la pelea y la fuga, a dos personajes absolutamente diversos.

Ricardo Donoso, en "El Mercurio" del año 1927, publicó un artículo titulado: "La mejor espada del padre Aldao: el huaso Rodríguez", donde comenta, sin agregar nuevos detalles, las páginas sabrosas y coloridas de Pérez Rosales.

Antes de terminar la segunda mitad del siglo, y como una curiosa herencia de la "Partida del Alba", los cerrillos de Teno continuaron siendo el teatro de partidas de bandidos que se apostaban en los altibajos de las pequeñas protuberancias que se conocían con el nombre de Cerrillos y atacaban los viajeros y diligencias que venían de Santiago a Curicó, o vice-versa. La herencia de los pala-caras que, desde el siglo XVIII, vivían a expensas de los viajeros y de los ricos fundos de la región, no había terminado. Esta calificación de pela-caras, maulinos pela-caras, se debía a que los bandoleros desollaban el rostro de sus víctimas para que no fueran reconocidas.

Diego Badilla, el bandido caballero, Paulino Salas, "El Cenizo", y el propio Neira son como los antecesores de estos bandoleros que subsistieron en la región hasta fines del años 1850, a pesar de las persecuciones de los subdelegados y propietarios de la región que formaron partidas para perseguir a los bandidos. Criminales y cuatros tenían sus encubridores por los puntos más distantes. Y además los pehuenches, que fueron los primeros que robaron animales y asaltaron viajeros, según el testimonio de Pérez Rosales.

Después de las guerras civiles de 1829, los bandidos de Teno, convertidos, por un tiempo, como en 1810, en soldados y montoneros, volvieron a su vida salvaje de salteadores. Fueron famosos: Pascual Espinoza y Santiago Campos, capturados por el juez Lucas Grez. A uno de ellos lo llevó atado a la cincha de su caballo. Se les ejecutó en Curicó y fueron colgadas sus cabezas en postes, cerca de la hacienda de Guaico.

Y vióse aquí un hecho que se repite constantemente, como una especie de fatalidad colectiva. Esas cabezas fueron sacadas, por la gente del pueblo de los postes y enterradas

en el camino, donde, en torno a cruces improvisadas, las velas, encendidas por espacio de muchos años, testificaban la calidad de mártires con que los ungió la crédula piedad del alma popular.

De los últimos y más célebres sucesores del Cenizo y de Neira fué un bandido de apellido Oyarce. Era éste, suma y síntesis de todo el bandidaje de los cerrillos, por su astucia para burlar la policía, su ferocidad con los asaltados y sus prodigiosas condiciones de jinete. Cuéntase que, a la carrera de su caballo, cortaba la cincha de la montura y seguía adherido al lomo de su cabalgadura. Nunca pudieron sorprenderlo las autoridades. Entraba a Curicó, a casas de encubridores, con frecuencia carniceros que compraban a precios bajos, la carne de las reses robadas. Uno de estos lo vendió por venganza. Perseguido en el campo, llegó hasta la barranca de un río. Repitió la hazaña de Rodríguez, en menor escala, poniendo la manta en la cabeza del caballo, pero uno de los soldados que lo perseguían hizo lo mismo y ambos trabaron una lucha cuerpo a cuerpo, en que fué vencido el ladrón.

Acribillado de heridas, fué llevado a la cárcel de Curicó y ejecutado más tarde allí.

Según Guevara, éste es el último de los bandoleros célebres de los cerrillos. Hubo más adelante otros.

Viven aún, en las cercanías de Chimbarongo, don Benigno Pávez Pávez, que fué comandante de policía en Curicó, en los años posteriores al 50. Los bandidos continuaban aún en la región, pero corriéndose ahora hacia la cordillera de los Andes o de la Costa. Ya se había subdividido la propiedad en los cerrillos y naturalmente el aumento de la población impedía las libres maniobras de los primeros bandidos de Teno y de los llanos de Cumpeo.

Sin embargo, continuaban *saliendo al camino*, según la clásica expresión, por razones románticas, por la fatalidad, o porque, sencillamente, se acriminaban. Algunos de éstos prolongaban la tradición del bandido caballeresco, el hidalgo que se aleja y se enmontaña, como el célebre Gaspar Matus o Ciriaco Contreras, jinetes de lujosos aperos campesinos y héroes le ásperos idilios en los campos. Sentíanse protegidos por la justicia divina y el pueblo les prestaba ayuda en todos los momentos. De ahí su prodigalidad con los campesinos y su altanería al hombre rico, al huaso macuco, acumulador de onzas y de peluconas. Alguno, como Ciriaco Contreras, estableció en toda la zona de Colchagua, Curicó y Talca verdaderos cupos de guerra a los hacendados ricos de esas provincias.

Otros eran de origen más plebeyo, como el célebre Santiago Abrigo, llamado *El Gato*, de que nos habla el viejo comandante Pávez. El Gato se caracterizaba por su audacia acorazada de astucia. Dirige un famoso asalto, en día de pago, a una hacienda de la provincia de Curicó. Llevóse todo el dinero y, sin embargo, la proeza fué ejecutado por él y dos hombres, pero hizo creer a todos, que venía acompañado por una enorme cuadrilla de bandoleros.

El Gato fué cogido por el propio comandante de policía, Pávez, con muchos otros de ese tiempo.

Toda esta pintoresca y típica historia de los cerrillos de Teno que abarca, desde fines del siglo XVIII hasta poco antes de la guerra de Perú, es decir, desde la transformación de la encomienda en fundo y del siervo en inquilino, tiene más un valor oral, de tradición, que de interpretación literaria.

Descontando a los historiadores, don Miguel Luis Amunátegui, don Diego Barros Arana, don Tomás Guevara en su "Historia de Curicó" y los gráficos apuntes de Pérez Rosales, la literatura tampoco ha ahondado en este sabroso tema que es toda la vida y la evolución del campo chileno.

Don Daniel Barros Grez, que era de Curicó, nos pinta algunos de estos bandidos. En "El huérfano", larga novela, de tipo picaresco, vemos al bandido Miguel Turra, que había pertenecido a la "Partida del Alba".

El tipo de Turra está falseado por el novelista para hacerlo servir a los fines tendenciosos que él se propone en casi todas sus novelas. Barros Grez da la idea de haber escrito novelas sólo para criticar a Portales y a los pelucones. Las razones de este odio son justificables, porque el padre de Barros Grez fué fusilado por el Intendente Irisarri, acusado de conspirar. Y debemos recordar la famosa frase de Portales: "Si mi padre conspirara, a él mismo lo haría fusilar".

Los capítulos del asalto de Turra a la diligencia, están dentro del marco de lo real, dentro del ambiente escogido, pero de ahí en adelante Turra es un maniquí, exagerado hasta lo grotesco, que se une con los pelucones y se enreda en las más irreales intrigas policiales.

De mejor calidad humana es el personaje del cuento de Mariano Latorre, "El aspado" (1). El Picoteado es un auténtico guerrillero. Es perseguido por la policía en unos bosques cercanos a Curicó, y una bala lo alcanza sin que el bandido caiga en poder de la policía. Esta bala trae la tuberculosis. El bandido pierde su vitalidad y piensa que sólo

(1) Mariano Latorre.—Sus mejores cuentos. Ed. Nascimento.

un gran sacrificio lo puede salvar. Va entonces a ofrecerse para llevar la cruz, de enormes aspas, el día de Viernes Santo. Los pulmones se revientan con el peso de la cruz y el bandido es aplastado por las aspas, en medio de la procesión.

Fué célebre por los años de 1842, el famoso Francisco Rojas Falcato, conocido por el nombre de Pancho Falcato.

Predominaban en Falcato, la astucia y los recursos hábiles para probar la coartada. No era un tipo de bandolero como Neira, como el Cenizo, ni siquiera como Oyarce o El Gato. Era, más bien, un estafador, un cuentero del tío y un hábil aprovechador de las supersticiones del pueblo. Era ágil e inteligente. El disfraz era uno de sus procedimientos más usuales. Lo mismo hacía de médico que aparecía en un campo, en calidad de calchona o de ánima, para exigirle dinero al campesino medio borracho que volvía de la feria o de alguna trilla. Murió en la cárcel, cumpliendo una condena.

Francisco Ulloa que ha estudiado, en forma novelesca, a muchos criminales de Chile, escribió una novelita titulada "Astucias de Pancho Falcato", que fué tan popular hace treinta años, en todas las esferas sociales, como el Joaquín Murieta.

Falcato no era un héroe caballeresco, pero tenía en sus tretas un buen humor y una habilidad tan ágiles que el pueblo reía en el otro aspecto de su sed de redención. Era Pedro Urdemales o el soldadillo que se reía de las autoridades y se escapaba siempre de manos de la justicia, porque seguramente poseía un misterio, su talismán, alguna varillita de virtud llegada milagrosamente a su poder.

La emigración de casi toda la América del Sur a California, después que en aquella tierra casi desierta se descubrió el oro, es un fenómeno social que interesa particularmente a Chile. Chile se debatía dentro de una pobreza mendicante. Las entradas del país eran escasas. La agricultura no prosperaba y, sin embargo, la población crecía cada vez más.

Terminábase la era de las revoluciones. Portales había encauzado la república por una vida regular y, sin contrapeso, gobernaba la fronda aristocrática, pero el problema de la masa no estaba resuelto. Esos aventureros de la Araucanía, esos soldados hechos a la vida de las montoneras, esos bandidos, medio soldados, medio malhechores y cuantos, por alguna causa, estaban descontentos con su suerte o ambicionaban algo mejor, fueron arrastrados por el vértigo del oro.

Valparaíso se había constituido en el puerto más importante del Pacífico. Y en efecto, sólo la marina mercante

chilena era la dominadora de la costa hasta el mismo San Francisco y eran los marineros chilenos los tripulantes de todos los barcos del prolongado litoral. Es sabido como los veleros yanquis tenían que dar la vuelta por el Cabo de Hornos para ir a San Francisco, pues resultaba más fácil, esa enorme etapa marítima que atravesar la América del Norte, donde se encontraba toda suerte de enemigos, los indios pieles rojas, particularmente para terminar con los que se aventuraban a atravesar esas selvas, esos ríos y esas montañas. Valparaíso era el primer puerto con que los aventureros del oro se encontraban. Valparaíso hervía de gentes extrañas. Veíanse las pipas humeantes de los yanquis, sus enormes mostachos, sus paletoes Sierra Nevada, sus sombreros de felpa, de estilo cuáquero. Rostros de águilas, de un azul acerado, cuyas barbillas voluntariosas cerraba el cuello blanco y el negro corbatín de terciopelo, pero al mismo tiempo, ingenuos como grandes niños. Tales personajes, admirados por todas las clases sociales, despertaban la codicia de los chilenos y abrían una perspectiva ilimitada a su espíritu de aventura y a su sed de riquezas. Llenaban con una alegría algo chacabana paseos y calles o montaban a caballo colocando las piernas sobre la cabeza del animal o aplastaban con el excesivo peso de su cuerpo algún birlocho que habían arrendado para pasear por el puerto.

Numerosos veleros, bergantines y fragatas salían cargados de mercaderías y de aventureros que iban a desembarcar en las desoladas playas de San Francisco, para continuar después hacia los placeres, donde vivían en carpas o al aire libre, unidos en comparsas para librarse de ladrones y de bandidos. Valparaíso había adquirido una importancia inusitada. Su comercio lánguido hasta el momento, tomaba un auge inesperado. Toda clase de comestibles, pero sobre todo harinas, era llevados en los barcos y vendidos en oro de ley, en valiosas pepitas o en polvo, a los buscadores que acudían desde las montañas a los barcos a comprarlos. A veces, eran verdaderos asaltos a mano armada que continuaban con las velas y con el cordelaje del navío, a pesar de las protestas de los capitanes. Alguno de ellos llegó a suicidarse.

Los chilenos y mejicanos y algunos sudamericanos y españoles se habían unido y formaban un campamento aparte. Fueron, lógicamente, enemigos de los yanquis, atropelladores y cínicos que odiaban, sobre todo a los mejicanos. Más adelante, lo fueron los chilenos en el mismo grado. Es fácil suponer que, en medio de esos cerros, donde pululaban un mundo extraordinario y heterogéneo, predominaba sólo la ley del más fuerte. Para el ladrón, por ejemplo, el juicio era

sumario. La muchedumbre lo acompañaba a un árbol cualquiera y de un gancho quedaba colgado. Los débiles eran barridos de sus placeres, sin explicación alguna. Allí se instalaban los aventureros que estaban dispuestos a no volverse al este sin llevar una cuantiosa fortuna. Habíanse echado la moral a la espalda y ésta se había substituído por una agresividad sin control. Todo lo que en el hombre hay de primitivo, de salvaje, se desarrollaba junto a los lavaderos, a los campamentos o a las barracas improvisadas que fueron el primer germen del gran puerto del lejano oeste.

Pronto los chilenos y mejicanos unidos, se pusieron en contra de los yanquis, los *gringos*, según el calificativo corriente en Chile. Sucediáanse las peleas y las muertes. El corvo chileno, en todo su auge, hacía de las suyas. Los salteos eran frecuentes a los campamentos mineros y de eso vivían partidas de bandoleros, que, además, atacaban las diligencias y las casas de los fundos, llamadas allí *ranchos*, según el vocablo mejicano.

En esta época, 1849, se hizo famoso el bandido Joaquín Murieta. En torno a este personaje, la leyenda ha tejido una espesa trama de hechos, ora inverosímiles o absurdos. La novela y el teatro han hecho de él un héroe, despojándolo de todos sus defectos terrenales. Los novelistas y dramaturgos han obrado de acuerdo con el sentido popular. Igualmente ha sucedido con las numerosas películas que sobre el bandido californiano se han impresionado en Hollywood. Y tres naciones se disputan su origen: Chile, Méjico y Estados Unidos.

En el caso de Chile, Ricardo Donoso ha aclarado perfectamente la cuestión. Bibliográficamente se comprueba el origen mejicano de Murieta, pero nadie podrá borrar de la tradición popular la chilenidad de este bandido que no fué ahorcado en California sino que murió en Santiago y fué soldado en la escolta del Presidente Bulnes. Tan arraigada y tan chilenizada estaba la novela sobre Murieta que aún los bandoleros posteriores, cuando sabían leer, la tenían como lectura habitual, según comprobación de Acevedo Hernández en su "Manuel Luceño".

El autor de la novela fué un escritor francés que vivía en California, llamado Roberto Hyenne. La traducción es de 1867, del francés, por C. M.

Don Domingo Amunátegui (1), dice que estas iniciales corresponden a don Carlos Morla y agrega que este escritor, en compañía de otro novelista de esa época, don Moi-

(1) Domingo Amunátegui: «Bosquejo Histórico».

sés Vargas alteraron el texto del autor francés e hicieron de Joaquín Murieta un héroe chileno. En realidad, no cabe la menor duda de la mejicanidad del célebre bandido de los placeres de oro. Aquellos autores, sobre todo Vargas, conocían muy bien el gusto popular. En la partida de Murieta figuraban algunos chilenos, como Juan Tres Dedos y Joaquín Valenzuela, soldados de Chile y montoneros en la Araucanía. Vargas adaptó el héroe y creó un personaje que, nacido en el hemisferio norte, tiene vida propia en este sur lejano.

Existen otras novelas sobre Murieta, por ejemplo, la del escritor norteamericano John R. Ridge con el título de "La Vida y las aventuras de Joaquín Murieta, el célebre bandido californiano".

Ridge hace nacer a Murieta en el estado de Sonora, y de ahí es, según el mejicano Irineo Paz, el célebre bandido de la época del oro. La novela de Paz no es otra cosa que una adaptación a Sonora de la ficción de Hyenne.

Su figura, como decía poco antes, se ha despojado de todos sus aspectos negativos. Es un héroe caballeresco. El personaje de un poema romántico. Joaquín Murieta no es un bandido (así decía el programa de una reciente película sobre él) sino un vengador.

Muchas de las novelas que se han escrito sobre esta época, ya en Méjico como en Estados Unidos, no han podido prescindir de él. Cada uno lo ha interpretado a su manera. Los héroes románticos del célebre Bret Harte, autor de los "Bocetos Californianos" como el reciente libro de Mariano Azuela "Los de Abajo", pintan personajes que algo tienen que ver con la hidalguía y la apostura del bandido Murieta, el héroe de las dos tumbas y las tres cunas, según la expresión de Blasco Ibáñez.

En nuestra literatura, existen documentos magníficos sobre la emigración a California, hecha por tantos chilenos en esos años románticos y trágicos de la emigración. Pérez Rosales tiñó con el color de la aventura su viaje a la tierra del oro. Igualmente Vicuña Mackenna. Don Vicente Grez tiene en su "Vida Santiaguina" un capítulo lleno de humor sobre la inutilidad de estas expediciones que despoblaban los campos y en el fondo, no tenían para sus dueños gran provecho y para Chile, país en formación, daños insuperables. Nos habla igualmente de un francés, don Pedro Isidoro Combet, encuadernador en Santiago que decidió hacer un viaje a California. Escribió un libro "Recuerdos de California", que ha desaparecido, pero de cual Roberto Her-

nández ha resumido un capítulo que se publicó en su libro "Los chilenos en San Francisco de California".

Era Combet un espíritu alegre y dicharachero y su fracaso en las minas, no lo amarga, sino que lo hace irrumpir en graciosas consideraciones y en cómicos relatos de sus peripecias en el país del oro.

El país entero reacciona, después del año 1860, a pesar de que muchos chilenos se quedaron en California y posiblemente se hicieron norteamericanos.

No olvidaré nunca la fábula que tradicionalmente se transmitía de familia en familia y donde se pintaba un joven que, escapado de su hogar, volvía a bordo de un buque a su tierra nativa:

"De California volvía
un joven aventurero
y en su cinturón de cuero
águilas de oro traía
y la vida en su dinero".

El buque naufraga y el joven, acostumbrado a todas las eventualidades, se arroja al mar y se ahoga. Su riqueza, de la que no quiere desprenderse es la causa de su muerte.

"Audaz a la mar se lanza
con firme resolución,
pero fué su perdición
el oro de su esperanza
que lleva en su cinturón".

Caracoles fué, para el norte de Chile, una pequeña California. Este mineral dió una actividad extraordinaria a las nacientes salitreras y a toda la árida región de la Costa de Antofagasta, dominada entonces por los bolivianos. Atraído, como es lógico, numerosa población del sur de Chile y de las provincias de Coquimbo y de Atacama. Población flotante, de hombres de temple recio y capaces de todas las empresas, buenas o malas. No poco debió ayudar a la colonización del desierto el esfuerzo pujante de nuestra raza, del roto, del hombre de la clase media y del capitalista que se atrevió a emplear su dinero en empresas cuyo resultado era problemático.

En esta avalancha humana que animó el desierto con sus gritos, su alegría y sus reyertas, llegaron, también rotos del sur, medio trabajadores, medio bandidos, como antes repartieran sus actividades entre las guerrillas y el salteo.

Con su bonete maulino y su poncho estaban dispuestos a todo. En sus labios un chiste hiriente; en la faja el terrible corvo, que tanto papel jugó en California y después en la guerra del Perú.

Muchos de estos hombres, que un tiempo trabajaban y otro vivían del salteo, han quedado en la tradición del desierto y en la crónica roja, anterior a la guerra del Pacífico.

Algunos, como el "Rancho", el "Minero" y el "Pico-teado", que tenían una vieja enemistad, pelearon a corvo, no lejos del campamento, muriendo ambos de las heridas.

Otros, como el "Colorado" y el "Chichero" asaltaban los *llamados retazos de carretas* que atravesaban el desierto, amarraban a los hombres y violaban a las mujeres. Alguna vez intentaron asaltar el Banco de Bolivia, en Cobija.

De estos bandidos, el más célebre fué Silverio Lazo, llamdo el "Chichero", porque la profesión de vendedor de chicha de jova era la que tenía. También fué trabajador en las faenas salitreras y en las minas. *Sale al camino*, según la clásica expresión de los bandidos chilenos, por vengarse de los que lo han maltratado y encarcelado injustamente. Todo el orgullo racial hierve en su corazón humillado. Ase-sina a cuatro o cinco personas de una familia peruana, a cuyo padre suponía Lazo culpable de su castigo. Empezó su larga carrera de salteos entre Tocopilla y Cobija. Se hizo astuto para escapar de la policía y romper grillos, cuando caía preso. Fué muy difícil cogerlo, porque muchos lo protegían, por ser chileno. Un particular lo mató de un tiro de carabina, en el momento que se escapaba.

Sobre el "Chichero" hay datos esquemáticos en la "Historia de Antofagasta" de Isaac Arce y en el "Juan Godoy" de Roberto Hernández.

Don Juan Serapio Lois escribió en la revista "El Progreso" un cuento bastante pintoresco en que se relatan las aventuras y la muerte del "Chichero".

Existió en aquellos tiempos un tipo curioso de aventurero, especie de soñador y de hombre práctico que recuerda un poco el rastreador de que habla Sarmiento en su "Facundo Quiroga". El cateador era una especie de brujo que sabía dónde se escondían las vetas en el desierto. Con un pedazo de charqui y un trago de agua, este hombre atravesaba inmensas extensiones de tierra inhospitalaria. Su mula era su compañera inseparable; su brújula, las estrellas.

Muchas veces encontraban el reventón que, por lo menos, los sacaría de la miseria como en el caso de Juan Godoy, pero otras, desalentados, se convertían en bandidos,

atrayendo caravanas al corazón del desierto y despojándolas en seguida.

De tales hechos, no hay en nuestra literatura interpretación alguna.

Estalla más tarde, la guerra del Perú. Como la de la Independencia, esta guerra fué popular y a ella acudieron todas las clases sociales, aristocracia y pueblo y en la anónima masa todos los hombres fuera de la ley, todos los bandidos y cuatros de Chile.

Sabido es el caso del batallón Santiago, que se cubrió de gloria, en Chorrillos y Miraflores y que se integró con todos los presos de la cárcel, los bandoleros y vagos de los alrededores de Santiago. El bandido vuelve a encontrar el cause a donde lo lleva la libertaria condición de su temperamento, la fuerza de su instinto indomable.

Terminada la guerra, hay un largo período en que los campos de Chile no tienen un salteador. No podemos tomar en cuenta los delinquentes ocasionales, tan comunes en los fundos del país.

Los licenciados veteranos del batallón Santiago, según datos de periódicos de la época, se fueron al sur, a la guerra de Arauco. Volvía a repetirse, pero en menor escala, lo que sucedió después de la Independencia. La historia de los cuatros y bandidos de la Araucanía está por escribirse. Trizzano y sus gendarmes tienen, naturalmente, un papel preponderante en la época heroica de la colonización del sur.

Entre los años 1880 a 1890 se hizo célebre en los campos de las provincias de Linares, Talca y Curicó, un bandido vulgar y sus procedimientos diferían en absoluto de los demás bandoleros de Chile. Parece renacer la tradición española en este criollo de la segunda mitad del siglo XIX, por la hidalguía de su carácter y por el prestigio romántico de sus aventuras amorosas. Era, como la mayoría de nuestros bandidos, un huaso descarriado, un calavera de campo que buscaba el dinero, no en la dificultosa faena de la siembra o de la cosecha, sino con medios más sencillos: los que trabajaban debían suministrarle las onzas que él necesitaba para pagar a su gente y darse tono de gran señor en fiestas campesinas o escarceos ciudadanos. No de otro modo obraban los condotieres del Renacimiento en las ciudades y aldeas de casi toda la Europa sometidos al azar de sus mesnadas andariagas. Ciriaco Contreras recuerda los célebres bandidos de Sierra Morena, José María o Diego Corrientes. Echábase al camino, magníficamente montado, este camino que conocía palmo a palmo como un estratega, con sus refugios y sus peligros, y embriagábase, pletórico de fuego, en esta vida pe-

ligrosa en que la muerte podía venir de cualquier matorral o en el ángulo de cualquiera muralla campesina. En cada rincón de la cordillera de la costa o en la vulgar casucha encolada de un arrabal de Curicó o de Talca, una mujer lo esperaba con las ansias de la pasión. Este hombre casi fantástico, que escapaba tan ingeniosamente de manos de la policía, hacía inflamarse el corazón de las criollas, de ojos oscuros y ardientes. Por ellas hablaba el pueblo. El hombre fuera de la ley tenía la compensación del amor, que no podía esperar de las señoritas decentes.

Sin embargo, y aquí entra el romanticismo, sin exageraciones y leyendas, Ciriaco Contreras llegó a enamorar a una niña de la alta sociedad de Talca. La niña se escapó con el bandido y vivió y murió escondida en una garganta de la cordillera de la costa. Cuenta la aventura un joven doctor de Santiago, que, recién recibido, fué a ejercer su profesión a Talca. Los médicos usaban por esos años el caballo para visitas en las afueras de las poblaciones. Volvía el joven doctor de visitar a un enfermo cuando se le apareció un jinete, montado en magnífico caballo alazán. Hombre moreno, de viva mirada, bigotes y barba negros como la noche. Simplemente le expuso lo que quería. Había un enfermo, a cinco leguas y deseaba que el médico lo viese. En el camino se dió a conocer: — Soy Ciriaco Contreras, dijo—. El médico repuso: — Para mí, todos los enfermos son iguales—. Cruzando senderos, subiendo cuevas y atravesando quebradas, llegaron a una casita de campo, como tantas que hay en los cajones de la cordillera de la costa. En una cama, pálida y descajada, había una mujer joven, enferma de tuberculosis. Era de extraordinaria belleza, de azules ojos y gran frente blanca. El bandido la miraba con ternura y ansiedad. La actitud de la mujer era la misma. El médico recetó y prometió volver. El mismo se encargaría de hacer despachar la receta y alguien vendría a buscarla a las afueras de Talca. Así sucedió. Al día siguiente, un hombre esperaba al médico en un recodo del camino; el cual le entregó un sobre en el que venían sus honorarios, pero no es éste el fin de la novelesca aventura del joven doctor. Algunos años más tarde, yendo de Curicó a Chimbarongo con un tesorero fiscal amigo suyo, fué asaltado en la mitad del camino. Se les condujo donde el jefe, que se calentaba en una gran fogata en medio del llano. Un hombre alto, moreno, barba y bigotes negros, los hizo bajarse del caballo. El médico había reconocido a su cliente de hacía algunos años en Talca. Este también lo reconoció, ordenando a sus subordi-

nados que lo dejasen libre. Incluso, lo acompañó, parte del camino una pequeña escolta.

Las actividades de Ciriaco Contreras y de su amigo, el antiguo soldado de coraceros Gaspar Matus, se extendió desde el Maule a Curicó. Hechos como el anterior, se registran varios en la vida del célebre bandido. Había inventado una complicada red de peticiones y cupos forzosos que manejaba con habilidosa maña, para dar, en el fondo, la sensación de que no era un ladrón. Exigía dinero a un hacendado en calidad de préstamo. Al cabo de algunos meses este dinero era devuelto con el exigido a otro, seguramente. El que se negaba, era asaltado por la partida inmediatamente. Si aceptaba, podía estar seguro que ni un animal de su hacienda se perdía. Si alguno de los que el bandido consideraba como amigo, lo asaltaba algún hombre de su partida, era teatralmente reconocido por Ciriaco Contreras en el momento oportuno y librado de la muerte. Así corría su fama por todas partes y ya no sólo los individuos de baja condición, sino los ricos hacendados, tenían cierta complacencia en ser sus amigos. Verdad es que Ciriaco Contreras pertenecía a una antigua familia de Linares y era gente de posición desahogada. Uno de sus timbres de gloria fué no haber derramado nunca sangre. La policía tampoco pudo cogerlo. Ni intentaba perseguirlo, porque sabía que era inútil. Había una tácita complicidad en el ambiente en que actuaba. Fué uno de los pocos bandoleros que no tuvo un fin trágico. Largos años llevó esta vida y se aburguesó poco a poco. Semejaba un viejo huaso que, después de haber trabajado su vida entera, quiere un día descansar. Cierta deseo de singularización notóse en él al final de su vida. Era entonces muy común, desde los tiempos del *Comandante Chacón y del pelado Latema* (1), que los agentes de investigaciones se reclutasen entre los bandidos que, de improviso, abandonaban su vida aventurera y servían de delatores de sus propios hermanos. A la policía de Santiago llegaron un día Gaspar Matus y Ciriaco Contreras. Durante años, fueron agentes de seguridad. Se cuenta su amistad con don Isidoro Errázuriz y otros políticos y de su característico traje oscuro, un pañuelo de seda al cuello y un gran sombrero aludo. Ciriaco Contreras en la revolución del 91, sirvió a Balmaceda. Murió persiguiendo a un ladrón, en la Estación Central de FF. CC., atropellado por una locomotora.

Es, sin duda, uno de los últimos bandoleros de tipo romántico que recorrieron triunfalmente los campos de Chi-

(1) Vicuña Mackenna. La policía de seguridad, Stgo. 1375.

le. Después de ellos, sólo despuntan cuatrerros vulgares, aunque astutos, como el flaco Manuel y el huaso Raimundo. El ladrón de caballería, medio huaso, medio soldado es suplantado por el estafador, por el far o semi-ganster del Callejón de las Hornillas, el cuentero del tío, el monrero y el punga. A Ciriaco Contreras y a Matus suceden Raúl Luna y el "Boca de Señorita".

Tampoco tenemos en nuestra literatura un estudio ni histórico ni biográfico, de Ciriaco Contreras, tipo único de bandido. Ni siquiera tuvo un apodo como la mayoría de los malhechores de Chile y de otros países. La tradición conserva el recuerdo de su hidalguía y de sus hábiles maniobras para escapar de la persecución de la policía. Tenemos que agregar, sí, la deficiencia de estos servicios en Chile, a los cuales, según un sistema muy común, el propio Contreras aportó su experiencia, pero ahora en sentido negativo.

Don Luis Orrego Luco aprovechó con ligeros cambios el episodio citado más arriba. Llama al bandido Ciriaco Falcato, con evidente desacierto, dada la índole tan diversa de ambos malhechores. El mismo Luis Orrego que ha contado un hecho de la juventud de Ciriaco Contreras, lo vuelve a citar en su novela "Al través de la tempestad" como agente de la Sección de Investigaciones de Santiago, en 1891.

En la novela de don Senén Palacios, "Otros tiempos" lo vemos en plena acción y usando uno de sus métodos predilectos. Ha enviado un ultimátum a un hacendado de la provincia de Curicó. El huaso es quisquilloso y se ha opuesto a la petición del bandolero; al contrario, quiere ir en busca de la policía y castigar su insolencia. La familia se alarma y el propio hijo del campesino, que llama respetuosamente don Ciriaco al bandolero, va a darle explicaciones. Indica esto el temor no exento de respeto que se cernía sobre los campos, cuando Contreras enviaba una de esas amables tarjetas, pidiendo dinero y asegurando su próxima devolución.

Rafael Maluenda publicó en "El Mercurio" algunos artículos con el rubro, "Aventuras de Ciriaco Contreras".

Maluenda ha aprovechado la tradición, lo que en el campo queda todavía sobre la astucia y la caballerosidad de Contreras, y ha narrado, sin ahondar mucho, ni crear un tipo, algunas de sus aventuras y fugas de la policía, en los campos de las provincias del sur.

Como en otros casos, el corrido popular, el contrapunto, las consejas en los apartados rincones de la cordillera de la costa y los partes policiales guardarán, quien sabe hasta cuando, los matices de esta curiosísima personalidad de ban-

dolero, de gesto amable y sonrisa acogedora que un intendente algo rígido arrojó, después de la revolución, de la policía de Santiago.

No hablaremos con detalle de los dioses menores de la delincuencia, tan comunes en cada ciudad de Chile. Recordaré sí a aquel célebre bandido de los alrededores de Talca, el Payaso, llamado así por la ingeniosa manera con que se escapaba de la policía, y sobre todò, del capitán Salas, en cuya calavera había jurado el Payaso tomar un trago de vino. El capitán, veterano de la revolución, lo cercó en tal forma en el barrio de las calles 3 y 7 Sur, que logró aprehenderlo y matarlo. No menos célebre es en la cordillera de la costa, entre San Javier y Constitución, el famoso Ralo, en torno a cuya figura se ha tejido en las montañas de Peñalquín y de Name, una leyenda trágica y sentimental. En la Huerta de Maule fué célebre un tiempo, Juan Valdés, hijo de un hacendado de la región y estudiante universitario que salió inesperadamente al camino como si obedeciese a un irresistible mandato de su sangre. Era alto y rubio, ostentosamente vestido a la manera campesina. Usaba hermosos caballos y rica manta tejida. Fué el capitán de una banda audaz y hábil de cuatrerros. Si lo perseguían, desaparecía un tiempo y se hacía negociante en aguardiente, llevando mulas cargadas a la Argentina, por los boquetes de la cordillera. El padre, millonario de la región, pagaba o devolvía los robos hechos por su hijo, hasta que otro millonario de esos campos lo hizo perseguir (se habló de amores y de raptó de una muchacha) por un comandante de policía de la Huerta del Maule, antiguo sargento de los gendarmes de la Frontera. Valdés fué muerto de un balazo.

No menos famoso fué Domingo Persona, cuatrero de la región de Nirivilo, ostentoso y simpático, muerto por los carabineros a fines de 1927.

En los alrededores de Santiago se hicieron célebres el flaco Manuel, hábil para probar las coartadas, de la misma línea de Liberoná y de Pancho Falcato, y el huaso Raimundo que ocupó las crónicas rojas de los diarios santiaguinos durante un año entero. El famoso cuatrero tenía el don de escapar de manos de los carabineros como si un poder sobrenatural lo protegiese. Contábase de él mil aventuras. Decíase que sus encubridores lo ocultaban en todos los fundos de la provincia de Aconcagua y de Santiago. Que manejaba el corvo como en los antiguos tiempos de los desafíos a muerte y que su choco, oculto siempre en los pliegues de su amplio pantalón de campesino, daba siempre en el blanco. Hablábase de muchos agentes y carabineros muertos por él;

sin embargo, el bandido se escurría siempre. La pista de los más experimentados sabuesos y detectives no llegaban nunca a él. Un día se dijo que había sido apresado y se le condenaría. Los *puetas* populares repartían hojas impresas contando sus fantásticas escapadas y la energía de sus defensas, en pleno campo, disparando con su choco, tendido en su caballo u oculto, como un zorro en un matorral. Apareció su retrato en los diarios. No se diferencia de otros malhechores. Rostro chato aindiado, frente pequeña, ojos desconfiados, duros, hirsutos cabellos, bigote y barba escasos.

Luego, comenzó a susurrarse que ese huaso Raimundo era un cuatrero cualquiera, vulgar y torpe. El famoso cuatrero que mató carabineros y escapó tantas veces de la policía, no era otra cosa que una ingeniosa creación de la Sección de Seguridad para levantar su prestigio, decaído, por sus servicios más políticos que policíacos. Los agentes entendían más en escamoteos electorales que en persecución de delincuentes. Ya la poesía popular con una maliciosa ironía, había adivinado la falsedad de este bandido que nació de la imaginación. Llena de recursos de un polizonte muy hábil.

Entre las numerosas coplas que se escribieron, a propósito del huaso Raimundo, hay una palla llamada así: *Célebre contrapunto entre un hombre de gobierno y un agente de pesquisas sobre la desaparición del huaso Raimundo.*

Dice el detective, a un requerimiento del caballero:

Señor le digo en verdad
que ese bandido terrible
no lo podemos pillar
porque se hace invisible.

A lo que el caballero u hombre de gobierno contesta:

Parece que no quisiera
creer, amigo sin roche.
Eso que a mi me ha contado
son las de mil y una noche.

En nuestra literatura, como una flor de España crecida en Chile, nació un romance de A. Torres Ríoseco llamado "El huaso Raimundo". Desde Estados Unidos, el poeta de Talca sintió la poesía de esta figura popular de otra época que, tardíamente y envuelta en velos de leyenda, cruzó por los campos de Chile, tan ricos de las tradiciones y de las hazañas de hombres fuertes, hijo de su voluntad y de su vigor.

SEGUNDA PARTE

LA INTERPRETACION DEL BANDIDO EN LA
LITERATURA CONTEMPORANEA

Blest Gana y Orrego Luco, novelistas de la vida urbana. — El naturalismo y los escritores de la generación del 900. — El campo, tema de sus novelas y cuentos. — El bandido, héroe literario. — Federico Gana y el campo chileno. — Francisco Contreras y el ciclo de sus novelas poéticas. — Joaquín Díaz Garcés. — Francisco Hederra Concha. — Guillermo Labarca y "Al amor de la tierra". — Amanda Labarca y "Los cuatro". — Los cuentos militares del capitán Lazo. — El sur de Chile y los escritores chilenos contemporáneos: Marta Brunet, Lautaro Yankas, Luis Durand, Mariano Latorre y Fernando Santiván. — "La Hechizada", "El bonete maulino" y "El zapatero de Llali". — Garabito de Germán Luco. — Boza, Edwards y Prado. — Víctor Domingo Silva y Carlos Pezoa Véliz. — El bandido en el teatro: Acevedo Hernández, Nicanor de la Sotta y Hurtado Borne. — Novelas policiales o de malhechores urbanos: "Cuatro Remos", Fermín, Pata e perro", "Palomilla brava", "Manuel Luceño" y "Diablo Fuerte".

Nuestra literatura novelesca (me refiero particularmente a ésta por ser la que ha tratado más el tema), hasta principios de 1900 siguió la línea marcada por Blest Gana, es decir, fué una novela de tipo urbano y problemas y costumbres sociales desarrolló durante cincuenta años. El pueblo casi no figura sino incidentalmente en las novelas de Blest Gana y de Orrego Luco para no citar sino a los principales; pero el naturalismo trajo una nueva técnica y sobre todo, una nueva orientación en la novela y en el cuento.

Casi todos los autores del año 900 salen de la ciudad para ir a buscar sus asuntos a pleno aire. El campo ofrece pintorescos aspectos, paisajes y tipos que nunca fueron explotados en la literatura chilena. Existían en Chile apuntes, rasgos, anécdotas sobre trillas, velorios, navidades y fiestas populares, pero ninguna obra en que fueran explotados novelescamente esos asuntos. Los autores de esa generación,

con Federico Gana a la cabeza, empezaron a buscar sus temas en el campo, sobre todo, aprovechando la observación directa. Salvo muy pocos, los autores de esa generación recogen el documento directamente y estilizan el asunto, de acuerdo con el concepto que ellos tienen de la raza. No aparecen ya los bandidos tradicionales, conectados con la historia. Son las mismas hazañas y los mismos tipos, pero cogidos de la fuente directa y con las modificaciones con que el pueblo corrigió la verdad, creando otra, no menos verídica, pero de acuerdo con su sentir colectivo.

En Federico Gana no hay propiamente hombres fuera de la ley, salvo un cuento que no figura en la colección "Días de campo", y que fué publicado en el *Pacífico Magazine* con el nombre de "Los bandidos". Es un grupo de cuatreros que han escogido la montaña como guarida y cuyo capitán es un antiguo sirviente del fundo de la familia del autor, en las cercanías de Linares. El bandido acoge afectuosamente al patrón joven y le explica por qué ha dejado la vida honrada para tomar esta otra cuyo final será la cárcel perpetua o la muerte.

En todos los cuentos de Gana, sean los personajes hombres o mujeres, hay un sentir rebelde, manifestado por la resignación elocuente, si pudiéramos decir. La rebeldía consiste en proclamar la desgracia sin pedir su remedio. Es influencia claramente rusa, pues "Días de Campo" y el patrón que con su perro y su escopeta atraviesa los esteros y los cerros, no son sino un reflejo de Tourguenef y sus "Relatos de caza".

En Francisco Contreras, cuyo ciclo de novelas, "El pueblo maravilloso" y "La montaña maravillosa" (La montagne ensorcelée) trata de novelar la realidad chilena desde un punto de vista poético, casi épico, se ven también tipos rebeldes, de campesinos y bandidos, pero, desgraciadamente, insinuado sólo, sin trascendencia ni vitalidad psicológica.

Joaquín Díaz Garcés alude con frecuencia a salteos y bandidos, pero sin dibujar concretamente ningún tipo especial. Ya había hablado de él en el prólogo, citando su novela "La voz del torrente". Agregaremos "La muerte de Juan Neira", mayordomo de un fundo de las cercanías de Santiago que asesina a mansalva un grupo de cuatreros, a quienes Neira ha denunciado. Nada tiene que ver con el famoso bandido de la Independencia, fusilado en Talca por don Ramón Freire.

Don Francisco Hederra Concha, médico de Talca, que en los últimos tiempos, ha publicado una serie de novelas de costumbres de esa ciudad y de los campos de los alrede-

dores, tiene algunos cuentos, coleccionados con el título de "Anima nostra", donde despuntan, sin mucha profundidad, algunos tipos de cuatrerros o de criminales de ocasión. Recordando del cuento "El Trompezón" que mata a un argentino, tocador de guitarra, que ha llegado al boliche.

Lo mismo podríamos decir de Guillermo Labarca, que sigue de cerca a Federico Gana, pero cuyo cuento "El acriminado" pinta a un auténtico tipo de bandido. El personaje ha muerto, cegado por la cólera, a un amigo. *Se ha acriminado*, según la expresión popular. De ahí en adelante vivirá perseguido, escapando de la policía, hasta convertirse, por la fatalidad, en un verdadero bandido.

En "La lámpara maravillosa" de Amanda Labarca hay un cuento titulado "Los cuatro". Es una especie de parábola en que figuran cuatro ladrones, muy hermanables. En sus vidas aparece una mujer, "La Mena". La paz concluye, porque la mujer despierta en cada uno el deseo y los celos propios del macho. Uno de ellos, en una caminata por unos desfiladeros cordilleranos, aprovechando un instante en que nadie lo ve, empuja a la mujer al abismo. La paz vuelve nuevamente a la cuadrilla.

El capitán de caballería don Olegario Lazo ha escrito dos colecciones de cuentos o novelas cortas con el título de "Cuentos militares" y "Nuevos cuentos militares". Son relatos casi autobiográficos, de gran sencillez literaria, pero, al mismo tiempo, llenos de vida y de verdad.

En la primera de las colecciones hay un cuento que se titula "Honor de soldado". Empieza de esta manera: "A pie, entre dos dragones montados, las manos atadas a la espalda, perseguido por la mirada vengativa de muchos vecinos, entró al pueblecito de Tucapel, centro de sus sanguinarias correrías. No tenía aún treinta años. Era grande, de bigote y barba negros, mirada dura como el acero, cortante como el cuchillo. Enorme cicatriz le atravesaba el rostro, candente recuerdo de un rebelde que pretendió arrebatarle, con la punta del puñal, el puesto de capitán de la partida".

Tal es el retrato de Trabuco, que así es el apodo del bandido.

Queda en custodia en el cuartel, bajo la responsabilidad del dragoneante Basoalto. Este se duerme en la noche y el bandido se escapa. Se ordena botasillas, montar y partir. La tropa sale en persecución del Trabuco por los campos y cerros del sur de Chile. En el trayecto, se despierta el sentido de la responsabilidad en el muchacho y decide ir él solo en busca del bandido. Penetra por entre quilantares y bosques de roble. La pista del fugitivo está cerca. Por fin, se

encuentran y viene un duelo dramático en el bosque. Los tiros resuenan en la soledad de la selva y el bandido cae. Con él a la grupa del caballo, vuelve el soldado al cuartel.

Es uno de los primeros relatos en que se cuenta un episodio de los bandidos del sur de Chile, refugiados muchas veces entre los indios y ágiles ladrones de caballos y vacunos. No son muy abundantes las novelas que narran episodios del cuatreroismo en la zona sur de Chile. Los escritores chilenos, naturalmente, han conocido el sur en los tiempos del ferrocarril y las historias de Trizzano y sus hazañas han llegado modificadas por la tradición hasta ellos.

Marta Brunet, Lautaro Yankas, Luis Durand, Mariano Latorre y Fernando Santiván son los que han escrito un mayor número de interpretaciones sobre la vida del sur y de sus hombres ya sea colonos venidos del norte, sobre todo de la zona de Chillán, o mestizos de indios que hicieron una vida salvaje y elemental entre los bosques, apenas quemados de la frontera y en los alrededores de las ciudades, cuyos techos humeaban entre los pilares de la selva aún en pie, a pesar de las quemazones.

A través de los escritores nombrados vense aspectos de la enorme y dilatada conquista de la selva. Cada uno de ellos, da la impresión de haberse asomado a la ventana y visto, recortado por el marco de ella, un trozo de esa evolución que marchaba lentamente a través de la selva. El árbol y el indio y algún tiempo después, el cuatrero y el bandido eran los obstáculos con que la civilización se encontraba a cada paso. El fuerte era el germen de la futura población, así en la primera mitad del siglo XIX lo fué Concepción, el fuerte Penco como lo llamaban despectivamente en Santiago, desconociendo el desarrollo de la ciudad y de los campos que la circundaban. Toda esa vida primitiva y áspera, tan del gusto del indio, volvía a repetirse en la segunda mitad del siglo XIX en el sur, como a fines del siglo XVIII y principios del XIX en las cuevas del camino a Valparaíso, en los cerrillos de Teno y en los llanos de Cumpeo. El pehuenche se aliaba para asaltar y robar, con los bandidos que emigraban del Norte y aún con los cocheros de las diligencias como otrora con el Cenizo y con Neira. Famosas fueron esas *cocherías* de Angol y de Los Angeles que atravesaban, al galope de sus vigorosos caballos, aquellas tierras infestadas de indios alzados y de bandidos. No es la evocación de este período que, como hemos dicho más atrás, decoran Trizzano y sus gendarmes, lo que vamos a ver interpretado en los escritores que acabamos de nombrar. Es, vuelvo a repetirlo, la pupila curiosa del artista que llegó a

la tierra del sur y quiso pintarla. Debemos agradecer a esos novelistas el que hayan intentado una visión de la tierra, hoy fértil y que no hace cincuenta años estaba cubierta de espesa selvas de robles, coigües y laureles.

Casi toda la obra de la escritora Marta Brunet describe aspectos de las tierras del sur. Podemos aún situarla geográficamente. Es la zona de Curacautín, en los primeros contrafuertes de la cordillera.

Ya sea en "Montaña adentro", en "María Rosa", en "Bestia dañina" es un rincón de montaña el que pinta. No son los héroes de estas novelas francamente bandidos. Parecen estar en el escalón propicio para resbalar, pero se detienen a tiempo. Hay un juego de pasiones primitivas y cierto convencionalismo, al acumular en algunos personajes exceso de bondades y hacer francamente malos a los otros.

Tal es el caso de San Martín, el antiguo ladrón que se ha hecho carabinero, uno de los personajes principales de "Montaña adentro". Hay también una alusión a la cuadrilla del cojo Pérez, a quién San Martín mata a orillas del Río Negro, cuando se llevaba un piño de animales robados en Cochento.

Lautaro Yankas es un escritor de la nueva generación. Hay en él cierto ostentoso deseo de hacer estilo; pero al mismo tiempo, una ávida pupila de observador. El paisaje y las gentes del sur de Chile eran, para él, desconocidos. Más bien, su libro "La bestia hombre" y algunas novelas cortas que figuran en "La risa de Pillán" aluden a aspectos de la vida sub-urbana de Santiago, gente de conventillos y vida de cabaret. Un viaje al sur lo hace sentir de golpe la originalidad y el carácter de los campos de Traiguén. Algunos cuentos y sobre todo su novela "Flor Lumao" pintan la vida de esas regiones. Los indios y colonos expoliados por los dueños de grandes propiedades de la región, son la materia esencial de esos cuentos y de esa novela. La figura central es el hijo del propietario, Marcos Strobell, mezcla de chileno y de alemán, que experimenta una morbosa pasión por Flor Lumao, hija de un indio cuya reducción colinda con los terrenos de Strobel. No el estudio de la pasión del hacendado por la india y su inverosímil rapto, para esconderla en casa de un inquilino del fundo, es lo que da carácter al libro de Yankas. Hay una visión neta y clara del ambiente y una pintura con bastante relieve de este hombre de presa, que desea terminar con los indios y los persigue por todos los medios imaginables. Así son los bandidos del sur. Con frecuencia el que se había posesionado de la tierra tenía alianza con el que se robaba los animales y a me-

nudo, cuatrero y propietario se confundían. El que no era bandolero reconocido se constituía en encubridor. Toda la zona de la Araucanía era una interminable cadena de ladrones y de hombres, aparentemente honrados, que usufructuaban de ellos. El hombre de la frontera había impuesto, como en los pinares del Canadá o en las regiones ganaderas del lejano Oeste, una ley de la selva. Así, también, Trizzano, como los sheriffs yanquis, terminó con los cuatros aplicándoles la ley de la fuga y volviendo, cada vez que salía en persecución de cuatros, con los cadáveres, atados a las sillas de sus propias cabalgaduras.

Si Strobel no es propiamente un hombre fuera de la ley (su influencia con las autoridades neutraliza todos sus desmanes), los hombres que figuran en su libro "Campo de bandidos" sí que tienen las características del bandido sureño, hábil jinete y prodigioso conocedor de senderos, aún en las selvas más espesas y más abruptas. Magnífico arriero, además, e ingenioso, transformador de marcas de animales o conocedor de las huellas del animal robado. Nahuelbuta o Los Andes, el Neuquén o las serranías de la costa no tenían secretos para tales hombres.

La misma zona de Yankas, pero con mayor conocimiento de tipos y ambientes, describe Luis Durand en "Tierra de pellines" y en su reciente colección "Campesinos". Las astucias de los campesinos que viven en estas lomas, la áspera tiranía del patrón que no tiene piedad en estas tierras lejanas donde él ha venido a enriquecerse, la inertes costumbres del indio que, en un repliegue del terreno, junto a la selva, aún mantiene su ruca cónica o su rancho de paja ratonera. Toda la vida del sur, más el paisaje húmedo, ennegrecido de selva, o rayado por los palos secos, aún de pie después de los roces destructores. Estos campesinos son resignados, laboriosos; aquellos indios pacientes, mudos; pero un día se despiertan, por cualquier motivo y como aquellos siervos de las antiguas encomiendas, se echan al camino y se convierten en hábiles cuatros y feroces salteadores.

Tal "El Verde" y "El Manzanas agrias" del cuento "Cuesta arriba" que asaltan una casa, matan a sus moradores, roban el dinero de éstos y marchan hacia la raya, hacia la Argentina, en cuyas estancias se han refugiado tantos bandidos chilenos. Muchos de los puesteros y arrieros del Neuquén y de Río Negro, del Chubut y de Río Gallegos, fueron escapados del presidio o rotos y huasos que se acriminaron y pasaron la raya, perseguidos por las huestes de Trizzano.

Mariano Latorre y Fernando Santiván son los que tie-

nen en su obra literaria mayor número de relatos sobre cuatrerros y bandidos del sur. En la revista "Atenea" se publicaron en 1932 tres cuentos de Latorre: "Marimán o el cazador de hombre", "Un filón de rojo raulí" y "La yunta de On Dani".

Los tres relatan episodios del valle y de la cordillera y pintan a bandidos y cuatrerros del sur.

El uno, Marimán, es un mestizo de indio y de alemán. Es de Boroa y en medio de las serranías del sur de esta región tiene su guarida. Poco a poco los carabineros lo han ido cercando. Los soldados, sobre todo, el sargento que dirige la tropa tienen particular empeño en encontrarlo y ultimarlo. Dos carabineros han caído ya en su poder. A uno de ellos le arrebató, en el combate, su carabina. Es sorprendido en un trigal y acribillado de balas, después de un combate. Tendido como una bolsa en el lomo de su propio caballo el bandido muerto entró a Temuco.

En "Un filón de rojo raulí" la escena es distinta. La pelea por la posesión de una mancha de raulíes, la sabrosa madera de las cordilleras chilenas. Un banco aserrador se ha instalado en una hijuela. Otro banco aserrador, al mando de un hombre decidido, a quien paga un ricacho de Temuco, intenta desalojarlo. Desafió en pleno bosque por la posesión del raulí. Uno de ellos cae y arranca a la Argentina, la tierra de promisión.

En "La yunta de On Dani" es un viejo colono que sigue la huella de su yunta robada, aún bajo la lluvia, hasta que la encuentra. Finge astutamente que va acompañado de carabineros y la consigue.

Santiván ha pintado aspectos de la cordillera de Nahuelbuta y de su vida salvaje. También algunos de sus cuentos se refieren a la vida en la cordillera austral.

En su novela titulada "En la montaña" se pinta a un viejo hosco y voluntarioso que hace su voluntad y ejercita su capricho en toda la región que le pertenece.

"Vivía en sus dominios completamente solo, dice Santiván haciendo la vida despótica y egoísta de un señor feudal".

Aunque el novelista no da sus antecedentes, se adivina en el viejo campesino un hombre de la estirpe de los que fueron a la conquista del sur, sin escrúpulos ni cobardías. Para ellos, robar la tierra al indio y arrear al vacuno que encontraban en los senderos del bosque, no eran delitos. Suponíanlo una compensación de su vida salvaje. Don Sebastián azota despiadadamente a sus servidores y les roba mujeres. Una de éstas, una preceptora que es una muchacha honra-

da, es la causa de la muerte del hacendado que, persiguiéndola, se ahoga al vadear un río.

En otros relatos como "Sellines en el río", que describe la vida de los balseros, especie de ladrones y bandoleros fluviales y "La carreta" que interpretaba la vida de los colonos del interior de la selva de Villarrica, el autor de "La Hechizada" ha dado matices a estos hombres que dejaron la civilización y entraron con su hacha y su choco en la plenitud interminable de los bosques del Chile austral. Ora agricultores, laboriosos y pasivos, ora ladrones, si el alimento faltaba en el aislamiento de los bosques; ora bandidos, reunidos en cuadrillas asoladoras, si el azar los empujaba por ese lado.

Pero en todos estos cuentos, breves síntesis de la vida sureña, Santiván sólo toca de paso a los cuatreros y hombres de la selva. Parece interesarle más, la grandeza del ambiente donde el colono es parte de un todo, que la penetración de tipos y de pasiones; en cambio, en "La Hechizada" pequeña joya de nuestra literatura, Santiván describe, con tintes románticos, pero con auténtico ahondamiento en la realidad, un personaje característico de bandido chileno. Saúl Araneda es un hermano de Neira y de Ciriaco Contreras. Está sacado de la realidad y personifica un instante heroico de la evolución de nuestra vida campesina.

Epicamente aparece el bandido en escena: "Al penetrar por el caminito bordado de setos vivos que conduce, alrededor de las huertas, a las casas, vieron un jinete que salía, al paso de su cabalgadura. Era un mozo joven y apuesto. Su aspecto era el de un campesino acomodado. Hermoso caballo alazán; rica montura del país, provista de lazo trenzado; manta de colores sobre el hombro y espuelas plateadas de regulares dimensiones. Su chaquetilla corta permitía lucir al jinete una cintura esbelta y flexible, y sus largas botas de montar, de cuero negro, relucían al sol con reflejos sordos. Bajo el sombrero de pita de anchas alas, asomaba un rostro orlado de ligera barba crespa, de color rubio oscuro y bigotillo incipiente sobre la boca recortada con expresión de dureza".

He ahí un retrato que puede convenir a cualquiera de los caballerescos bandidos que hemos descrito; no es, sin embargo, Saúl Araneda de los más nobles, a pesar de la belleza de su físico y de lo que de él se espera. Tiene en su haber algunos salteos y se supone que es uno de los encubridores de Pancho "El Largo" si no es él mismo el capitán de la partida. Es pobre, no trabaja en nada y sin embargo, gasta el dinero a manos llenas, tiene los mejores caballos y

las mujeres más bonitas se mueren por él. Además, se venga de los que declaran en su contra y son varios los que han muerto por esta causa. Este prestigio de hombre fuerte, irrespetuoso y valiente, seduce a un muchacha campesina, Humilde, que es la querida del bandido; pero aquí aparece el héroe. También se enamora de la niña y su actuación como jinete y como hombre fuerte concluye por apagar la figura de Araneda. El autor mata a su creación concientemente, perdiéndola por intermedio del antagonista en una épica topeadura y renunciando al amor de Humilde, a quien ve, en el campo, abrazando afectuosamente al bandolero.

"En seguida, dice Santiván, dió un alarido feroz. Apretó espuelas al vientre de su caballo, que se tiñeron de sangre y echó a correr a través de la campiña desierta, inmensa, fustigado por los ardientes rayos del sol".

Manuel Rojas y Mariano Latorre han intentado, también, pintar los bandidos de la zona central, los herederos, si pudiéramos decirlo así, de Neira y de Contreras. Ya sea de la cordillera de los Andes o de la Costa, del valle central o de los arrabales de las ciudades del centro de Chile.

Hay dos relatos que coinciden en una apreciación curiosa de sus héroes que son, al mismo tiempo, bandidos y hombres de trabajo. El uno es "El bonete maulino", de Manuel Rojas y el otro "El zapatero de Llali", de Mariano Latorre.

En ambos cuentos, se estudia la duplicidad característica del roto. La partida existe en ambos cuentos y se reúne cuando el jefe lo cree necesario. En el intertanto, son trabajadores u artesanos y en esta doble personalidad reside su fuerza. Son golpes hábilmente estudiados y con la seguridad absoluta del éxito. Es el bandido organizado y adaptado al medio.

El héroe de Rojas, don Leiva, es zapatero de oficio y es bandido, casi a pesar suyo. A pesar suyo roba animales y aún toma parte activa en un salteo, donde se encuentran joyas y dinero en abundancia. Allí don Leiva impide que uno de sus amigos mate a un hombre. Eso no quita para que el jefe de la partida le de la porción más pequeña del botín.

—"Nadie sabe para quién trabaja", se consuela filosóficamente el viejo.

Tiene familia en Talca y por temor de que lo pillen vive separado de ella durante algunos años, hasta que su mujer averigua su paradero y se lo lleva a Talca. Allí se encuentra con un pequeño almacén que su mujer había instalado con el producto de sus piraterías. La ociosidad fué

fatal para don Leiva. Al poco tiempo la pulmonía se lo llevó.

Hay, en el humor con que el cuento está narrado, una honda penetración de la psicología chilena. Tipos como don Leiva, al cual el bonete que perteneció a un antiguo bandido pareció sugestionar, son abundantes en nuestros campos. Casi podría asegurarse que la mayoría es así.

El héroe de Latorre, el zapatero Hilario de la aldea de Llali, es otra cosa. Hay en él pasta de soldado y de organizador. Está más cerca de la concepción habitual del bandido de nuestros campos, antiguos y modernos y de los españoles.

Tiene una cabeza rojiza y unos ojos penetrantes y fríos. Su voz es cortante y mandona. Cree que los demás han nacido para obedecerle. En su pequeña casa de la aldea costeña viven una multitud de mujeres y niñas, de compadres y compañeros caídos en la desgracia. Ha inventado un medio especial de saltear, aprovechándose de la impericia de la policía rural y de la incapacidad de los comandantes, huasos hechos soldados por servicios electorales. Mientras dura el asalto, en la penumbra del alba, el jefe dispara sus choccos interminablemente. Los bandidos usan pañuelos negros, como antifaces, sobre la cara.

Con frecuencia son los almacenes los que sufren estos asaltos, verdaderos pulpos del hombre de los campos. A los robos, sucede la quemazón de vales y de recibos y libros de cuentas. Este misterioso bandido de los choccos tiene en alarma a todas las pulperías de los cerros de la costa, pero el pueblo defiende al incógnito salteador y ruega secretamente, porque nunca sea pillado. El azar se presenta en forma de un soldado fanfarrón que ha estado en el sur y se contrata en la policía de Llali. Este sonríe al oír hablar con tanta admiración del misterioso salteador de los choccos.

—¡Donde hay un hombre, hay otro, dice sonriendo irónicamente!

Y en efecto, llegó el instante dramático. El soldado ha muerto al jefe de la banda y la partida se ha disuelto en la bruma del amanecer. Al llegar las autoridades y arrancar el pañuelo de la cara del cadáver, se reconoce al maestro Hilario, el zapatero de Llali. El mundo de los campesinos se impone a la policía y se apodera del cadáver del bandido. Desde este instante les pertenece. Empieza la canonización popular. Es el intermediario entre los campesinos de Llali y las desconocidas potencias ultraterrenas.

Hay en la literatura chilena pocas interpretaciones de bandidos costinos. Carlos Acuña, autor que conoce a fondo

la cordillera de la Costa, ha pintado sólo el lado costumbrista. Trillas, velorios y fiestas tradicionales de las serranías costeñas.

Mariano Latorre perfila en el Juan Rulo de su novela *Zurzulita*, un cuatrero de los cerros de Cupo, en la provincia de Maule. Vive pobremente en un rancho, encaramado en ásperos riscos. Allí oculta los animales robados y baja a la otra falta del monte para ir a venderlos al valle central.

Germán Luco, autor joven, ha descrito en su novela *“Garabito”*, un bandido de los cerros de la Costa, en la zona fronterera a Concepción. Su acción se extiende a las cordilleras de la provincia de Arauco. Allí saltea y roba animales. Garabito es un hombre de bien, a quien la torpeza de la policía convierte en bandolero. Se detiene a tiempo. Ha juntado un dinero y está enamorado de una mujer. Sin ser perseguido, Garabito se convierte en un agricultor. Es, posiblemente, el sueño de casi todos los cuatreros. Pocos, como José Miguel Neira, dejan los honores para volver a su vida libre y peligrosa.

Aisladamente, han aprovechado temas en que el bandido es el héroe, tres escritores contemporáneos: Luis Roberto Boza, Joaquín Edwards y Pedro Prado.

Luis R. Boza, es autor de una novela: *“La urbe”*. Acaba de publicar una colección de cuentos: *“Los aparecidos”*. Hay en éstos algunos cuadros campesinos, pero no figuran bandidos. En un cuento corto titulado *“El puma”*, Luis R. Boza, describe un cuadro típico de los campos chilenos, de hace cuarenta años atrás. El asunto está relatado en líneas sobrias y emocionantes. Es un niño el que relata la acción. Un hombre moreno, de suaves ademanes, se ha ocultado en un matorral cercano a las casas del fundo. El hombre está herido. El niño se compadece de él y le trae comida y remedios. El hombre le pide que nunca diga que lo ha visto. Pasan algunos años. Un día de pago, una partida de bandoleros se deja caer sobre la hacienda. En la refriega, el niño ve a uno de los asaltantes y lo reconoce. La escena está dentro de la mitología de todos los bandoleros. Se ordena la retirada a todos los salteadores. El padre dice a su hijo:

—Ese es *“El puma”*, el famoso bandido de la provincia de Santiago.

Joaquín Edwards publicó una crónica, hace algunos años, con el título de Juan Antonio, el Barbas de Oro.

Es un astuto bandolero que escapa de la policía. Presentase en una casa, pidiendo comida y alojamiento. Está cubierto de tierra y nadie lo reconoce, pero al traerle agua

para que se lave, a través de la envoltura terrosa que lo cubre, van surgiendo las facciones tostadas y las barbas rubias del célebre bandolero. Nadie intenta delatarlo, sin embargo. Rumbosamente regala una joya a una de las niñas, le da un beso y montando en su caballo desaparece tras un muro de selva.

En el libro "Un juez rural", de Pedro Prado, hay un relato, muy breve, pero muy sabroso y exacto sobre la psicología de un bandido rural. Sabida es la técnica de este libro de Prado. Un juez, Solaguren, especie de jurisconsulto barojiano, ha tomado, por imprescindible necesidad, el juzgado rural de un barrio de las afueras de Santiago. Falla los pleitos según su leal saber y entender. Entre los acusados comparece un hombronazo de gesto franco y decidido. Lo acompaña un vejete. Es el famoso bandido "El chicha fresca". En compañía del viejo, ha asaltado el cuartel de policía, hiriendo a tres soldados. "El chicha fresca" es burlón y borboteando como su apodo. Le han divertido esos pacos rurales, montados en caballos flacos y peludos. Ha apostado con unos amigos a que él de un sacudón bota al caballo y al jinete en una acequia, pero el caso es que tiene que pelear con los otros dos que llegan en auxilio de su compañero. En la lucha ha roto, la carabina que uno de ellos traía, *para que nadie se fatalizara*, según su expresión.

Los soldados aseguran que no ha sido él sólo, sino varios los asaltantes, pero el hombronazo, risueño, despreocupado explica que él basta para todo el retén de Cerro Navia.

—Lu'hice por travesura no más, dice moviendo ágilmente sus enormes manazas. Y cuando uno comienza a reirse, cuesta para sujetarse.

Prado ha puesto de relieve un nuevo matiz del bandido chileno: su humorismo. Semejante a un niño grande y vigoroso, "El chicha fresca" juega con la suerte como con la vida y si ésta le es adversa, resume su sentir sobre la vida en esta frase: "*¡Estaría de Dios! ¡Me acriminé! ¡Qué le vamos a hacer!*"

Ya hemos hablado de Rafael Maluenda en el transcurso de este estudio. En su primer libro "Escenas de la vida campesinas", y en sus artículos sobre Ciriaco Contreras, ya había Maluenda abordado la interpretación del hombre fuera de la ley. Anunció una colección de cuentos con el título: "En la vida peligrosa", que aún no ha aparecido: sin embargo, en su libro "Los ciegos" con el subtítulo "Ciclo heroico", figuran dos relatos sobre bandidos, dignos de tomarse en cuenta: "La cacería" y "El".

Ambos cuentos describen aspectos no tratados por otros

autores. Son documentos inapreciables sobre la psicología del bandolero chileno. Es la época heroica del bandidaje.

El primero de ellos es la persecución despiadada de los bandidos por un grupo de soldados de policía. Los bandidos han sido cogidos y la cadena de presos marcha por los cerros. Tienen ya cinco leguas a pie. Tropa y prisioneros están agotados, por aquel constante subir y bajar a través de esos agrios peñascales, donde ni agua hay.

Uno de los presos, un viejo, propone al jefe del piquete algo muy común en aquellos lugares y en aquella época: una cacería. El jefe acepta. Se desmontan los soldados y se quitan los ponchos. Los presos debían huir, aprovechando todas las sinuosidades del terreno y el que lograra escapar con vida de esa lluvia de balas que iba a caer sobre sus espaldas quedaba libre.

Los presos comienzan a saltar y tenderse, metiéndose entre los matorrales. Se ve caer a uno de ellos. Los soldados suben de nuevo a caballo y comienza el tiroteo hacia los arbustos. Uno de ellos llegó a lo alto de la colina y pareció quebrarse, sin saberse si para bajar a la otra falda o extenuado de fatiga. Los soldados comenzaron a recoger los cadáveres.

Con sobrios toques está descrita la fuga y la persecución. Es, tal vez, uno de los cuentos mejor logrados de Maluenda en este género.

El otro tiene menor carácter típico, pero describe un momento muy frecuente en la vida de los campos.

Hay un rápido tiroteo en el camino. Aparece un hombre manchado de sangre y de polvo en la parte trasera de un rancho. Rosa, la niña de la casa, se condeule al verlo casi desfallecido. Lo lava y lo cuida afectuosamente. Hay un diálogo entre ellos. Diálogo o escaramuza amorosa. Le habla de los disparos y el desconocido explica que es la policía que persigue al famoso bandido el "Romo", terror de la provincia. Se despide y dice a la niña, que lo escucha asombrada, que cuando caiga el bandido no vaya a verlo. La policía consigue tomarlo algunos días después. Maniatado por la espalda, el temido salteador pasa por el camino. Rosa lo ha reconocido. Retrocede, murmurando: Es él, por Dios, es él.

El bandido la mira un instante, se encoge de hombros y sigue su camino. *Va*, como dice el autor, *al cumplimiento de su sombrío destino*.

La vida de la pampa salitrera no ha tenido intérpretes en nuestra literatura. Dos poetas, Víctor Domingo Silva y Carlos Pezoa Véliz han escrito poemas y apuntes en prosa

sobre la característica psicológica del chileno que ha ido a las faenas salitreras, guiado por la angustia de la vida y la pobreza de su rancho nativo. El bandidaje de los primeros tiempos de las salitreras, cuando no había policía organizada en las oficinas, no es el que han pintado Pezoa y Víctor D. Silva. El espíritu libertario del hombre de la pampa, la densidad de la población que participaba en todas las faenas del caliche, no permitió, en los años posteriores, el desarrollo del bandido de caballería, el más frecuente en el centro. Quieras o no quieras, el bandido aprendió a ser obrero con la barreta en la mano o empujando las pesadas vagonetas, llenas de caliche. Los relatos de Víctor Domingo Silva "La pampa trágica", como el apunte titulado "El taita de la oficina", de Pezoa, pintan a este tipo de hombre que vino del sur, vivió su vida, gastó su vigorosa fuerza física y murió de sed, huyendo a través del desierto o cayó, bajo certera puñalada, en un boliche cualquiera, o en las cantinas de las improvisadas ciudades nacidas en medio de la pampa salitrera.

No hay más interpretaciones sobre el bandido en las novelas y cuentos de los autores contemporáneos. En la poesía, salvo la leyenda de Sanfuentes y algunas poesías de Pezoa, donde se nota alguna orientación socialista, la pintura del vagabundo y del bandido, no hay más alusiones a este tipo de nuestra raza.

En el teatro, como es lógico, ha existido mayor tendencia a interpretar al bandido de nuestros campos y de los arrabales de las ciudades. Y se comprende, dramáticamente considerado, el bandolero es un personaje del cual se puede sacar una gran partido teatral, ya sea considerándolo como un héroe romántico o explotando el papel de tipo representativo que le ha dado el sentir popular.

Tres autores teatrales chilenos han pintado tipos de bandidos en sus obras: Antonio Acevedo Hernández, Nicanor de la Sotta y René Hurtado Borne.

De éstos, el primero, más conocedor del alma popular, de sus leyendas y de las costumbres de los campos y suburbios, es el que ha insistido más en este aspecto de la psicología chilena y, naturalmente, el que los ha creado con más relieve y realidad humanas.

De sus bandidos, dos son salteadores de caminos y dos bandidos de puñal, que actúan en conventillos y cantinas.

Acevedo ha representado en sus malhechores la rebelión del pueblo. No son bandidos porque sí. Una injusticia los ha echado al camino y una infinita sed de venganza los arrastra a cometer toda clase de fechorías. Son un producto

de la leyenda popular, más que de la realidad. Supersticiosos y enconados, aman al pobre, odian al burgués, al explotador y al soldado de policía o al carabinero que los representa y es pagado por ellos. Hay en ellos un objetivo racial. La leyenda se ha hecho cuerpo, pero con poesía y real sentido humano. Tal "El costino", despreocupado y alegre de "El árbol viejo". Ducho en el manejo del corvo ha traído toda su malicia de huaso de la cordillera de la costa a la fuerza elemental de estos hombres que viven en las faldas de los Andes. Con él han llegado a la quebrada donde crece "El árbol viejo", el anciano padre, jefe de la familia, los celos y la desconfianza. Inmoral y pendenciero, pero al mismo tiempo, ligero y gracioso, sólo su voluntad quiere hacer, sin tomar en cuenta para nada a los demás. La vida, para él, no tiene significación. Un golpe de su afilado corvo, un chorro de sangre y nada más.

En el drama rústico "El inquilino" aparece, en una escena, la figura de "El Ralo", el misterioso bandido de Linares y Maule que, según la leyenda popular, no podía morir, porque una bruja le había incrustado un crucifijo, entre cuero y carne, sobre la tetilla izquierda.

Los otros dos, "El aguilucho" de "Almas perdidas" y "El Huacho Fatal" de "Carcoma" son bandidos de arrabal que nacen en el conventillo y se mueven en el Callejón de las Hornillas o en los despoblados del barrio Matadero. No tienen cuadrilla. El puñal es su arma favorita y el vaso de vino y el monte su placer mayor.

Salvo "El costino" que es un típico bandido, los demás son malhechores hechos por la policía, por la fatalidad de la vida. Tal el apodo de uno de ellos, "El Huacho Fatal". En el fondo, son honrados y de buenos sentimientos. La cárcel, como a Manuel Luceño, los convirtió en un azote del rico y del hombre malo. El pueblo terminará por prohibirlos.

En la comedia de costumbres lugareñas, "Pueblo chico, infierno grande", Nicanor de la Sotta ha trazado un vivo cuadro de un pueblo provinciano de hace medio siglo atrás. Inolvidable el comandante de policía, que creaba el actor Arturo Bürhle e inolvidable las entradas, a las mismas puertas del cuartel de un bandido y cuatrero de la región, "El Pájaro", que se burlaba de la policía con mil ingeniosas tretas. No tiene "El Pájaro" el relieve casi épico, el sentido de venganza que encarnan los bandidos de Acevedo Hernández. En el medio, tan injustamente enmarcado por el de la Sotta, "El Pájaro" no es sino un personaje más, un cle-

mente indispensable para dar carácter y verdad a un pueblo provinciano de hace cincuenta años.

En "Mal hombre", de Hurtado Borne se han recargado las tintas sobre el protagonista. Ese "Mal hombre" que da el título al drama es un hombre malo, en realidad. Un criminal nato, avieso y cobarde, donde no apunta ninguna de las cualidades que, a través de su evolución social, se han observado en el bandido chileno.

Nos resta, para terminar, decir algunas palabras sobre ciertas novelas chilenas que han pintado hombres fuera de la ley, no bandidos precisamente, sino criminales o simples vagabundos de los arrabales, hijos de los conventillos. En estas novelas no se ha tenido un fin artístico, ni siquiera una interpretación del alma chilena y de sus costumbres, sino más bien un fin mercantil. Se han hecho novelas entretenidas, fáciles, enredo de intrigas, donde figuran ladrones y detectives, más o menos absurdas para explotar la tendencia de la masa popular a esta clase de aventuras. Lo que suele dar hoy día, el cine, por medio de películas en series, lo daban los novelistas por entergas, hace medio siglo.

Muchas de estas novelas no vale la pena mencionarlas. Imitaban las intrigas criminales de Sué, Montepín, Gaborian o de los españoles Pérez Escrich y Fernández y González. Poco carácter chileno tienen sus personajes, aunque la escena suceda en Santiago, o en provincias y muy a menudo figuran los nombres de sus calles y los apellidos habituales de nuestra sociedad.

No obstante, algunos de estos novelistas de folletín, como Ramón Pacheco y Martín Palma y sobre todo, Barros Grez, intentaron la pintura de las costumbres y esbozaron algunos tipos populares como bandidos y ladrones del hampa santiaguina. Tal es la interminable epopeya del perro "Cuatro Remos" que, ya en poder de la policía o de los ladrones, demostraba una astucia y una inteligencia que lo alejaban de su origen canino haciéndose casi un hombre de cuatro patas.

En este mismo grupo debemos colocar la novela "Manuel Luceño" de Acevedo Hernández. A pesar de que los 16 episodios tienen mucho de series de películas, hay en la novela de Acevedo un mayor conocimiento del ambiente descrito y en la abundancia de los hechos no se pierde la coherencia de los tipos pintados. Luceño, el héroe, Eduardo Salazar, El Cura, El detective González no se olvidan. Hay mayor conocimiento de la psicología popular y mayor habilidad técnica. Acevedo ha intentado una novela policial de tipo criollo, olvidándose por completo de los modelos eu-

ropeos del género. No así Alberto Edwards (Miguel de Fuenzalida), cuyo Román Calvo es un Sherlock Holmes santiaguino con pipa y boina y sus deducciones fantásticas. Otro tanto diremos de los criminales y bandidos que éste persigue y apresa. A pesar de sus nombres españoles parecen apaches parisienses o gansters de Chicago que viven en conventillos o merodean por entre bosques de boldos y arrayanes.

Carlos Fermandois, sacerdote, publicó como folletín en "La Revista Católica" una novela titulada "Diablo Fuerte", donde hay justas y agudas apreciaciones sobre el pueblo de algunas ciudades de Chile. Figuran ladrones y hasta se habla de un bandido que se acerca a las casas de un fundo. Más que nada, es la descripción de las aventuras de un hombre, a veces honrado, a veces maleante, que conoce todos los rincones del arrabal santiaguino. Es, más bien, un personaje de novela picaresca. Un perezoso, de bastante ingenio, que ha resuelto vivir de los demás sin molestarlo lo más mínimo, suele caer en manos de la policía, pero nunca se le prueba nada.

Más enmarcada aún dentro del género picaresco, trasladado a Chile, es la novela de Oscar Lanús, repartida por entregas en Santiago durante un año, con el título de "Fermín, Pata e Perro". El héroe viaja por todo Chile y sobre todo por la salitreras, cuyas oficinas conoce muy bien. Es un vagabundo, especie de Urdemales o soldadillo que ha resuelto vivir de astucias y avisos.

Citaremos, por último "Palomilla brava" de V. D. Silva. La técnica es igualmente la de la novela picaresca. El héroe es seguido en sus andanzas por el novelista, desde su infancia hasta cuando, ya mayor, resuelve hacerse hombre de provecho. Ni más ni menos que Lazarillo, cuando recibe la protección del Arcipreste de Sevilla y se casa con su doncella.

En sus andanzas se perfilan los caminos de Chile y dibújanse siluetas de vagabundos y bandidos. Los tipos, fuera del protagonista, no tienen vida propia. No son, en realidad, creaciones, sino apuntes que no alcanzan a constituir figuras representativas.

B I B L I O G R A F I A

Acevedo Hernández, A. — La raza fuerte. Croquis chilenos. Los palladores. Manuel Luceño. Almas perdidas. El árbol viejo. Carcoma.

- Amunátegui, Domingo.* — Historia Social de Chile. Las encomiendas indígenas. Bosquejo histórico de la literatura chilena.
- Amunátegui, Miguel Luis.* — La dictadura de O'Higgins. La reconquista española.
- Arce, Isaac.* — Historia de Antofagasta.
- Azuela, Mariano.* — Los de abajo.
- Barros Arana, Diego.* — Estudios históricos sobre Vicente Benavides y las campañas del sur. Historia de Chile.
- Barros Grez, Daniel.* — El huérfano. Pipiolo y pelucones. Aventuras del maravilloso perro "Cuatro Remos".
- Blest Gana, Alberto.* — Durante la reconquista.
- Boza, Luis Roberto.* — El Puma. El cilicio.
- Bret Harte.* — Bocetos californianos.
- Brickles, René.* — Un soldado de la patria vieja.
- Brieba R. Liborio.* — Los Talaveras.
- Brown, Cap.* — Insurrección de Magallanes.
- Brunet, Marta.* — Bestia dañina. Montaña adentro.
- Cabero, Alberto.* — Chile y los chilenos.
- Concha, Manuel.* — Tradiciones serenenses. Crónica de La Serena.
- Conrad, José.* — Gaspar Ruiz.
- Contreras, Francisco.* — El pueblo maravilloso. La montagne ensorcelée.
- Dávalos, Juan Carlos.* — Los gauchos.
- Díaz Garcés, Joaquín.* — La voz del torrente. Páginas chilenas. Las trinitarias; Tarpellanca (Pacífico Magazine 1916).
- Donoso, Ricardo.* — El huaso Rodríguez. Joaquín Murieta, alabado en dos hemisferios.
- Durand, Luis.* — Campesinos. Tierra de pellines.
- Edwards, Joaquín.* — El roto. Juan Antonio, el Barbas de oro. (Crónicas, 1924).
- Echeverría, Inés.* — Cuando mi tierra nació.
- Errázuriz, Federico.* — Chile bajo el imperio de la Constitución de 1928.
- Fernandois.* — Diablo Fuerte.
- Fuenzalida, Miguel de* (Alberto Edwards). — Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno (Pacífico Magazine, 1913, 14, 16).
- Fuenzalida, Alejandro.* — La evolución social de Chile.
- Gana, Federico.* — Días de campo.
- Gay, Claudio.* — Historia de Chile.
- González Vera.* — Alhué. El ladrón de gallinas.
- Grez, Vicente.* — La vida santiaguina.

- Guevara, Tomás.* — Los araucanos en la revolución de la Independencia. Historia de Curicó.
- Guzmán Martín Luis.* — Miria, el mozo.
- Hall, Basilio.* — Viaje a Chile, Perú y Méjico.
- Hederra Francisco.* — Anima nostra.
- Henoy, O.* — Aux plaines de Texas. París, 1929.
- Hyenne, R.* — El bandido chileno Joaquín Murieta.
- Hernández, Roberto.* — El roto chileno. Los chilenos en California. Juan Godoy o el descubrimiento de Chañarillo.
- Hurtado Borne, René.* — Mal hombre.
- Ibarguren, Carlos José.* — Manuel de Rosas.
- Infante, José Miguel.* — Neira (Valdiviano federal, 1930).
- Jotabeche.* — Artículos.
- Keller, Carlos.* — La eterna crisis chilena. Un país al garete.
- Labarca, Guillermo.* — Al amor de la tierra.
- Labarca, Amanda.* — La lámpara maravillosa: Los cuatro.
- Lago, Tomás.* — La mano de Sebastián Gaínza.
- Lanas, Oscar.* — Fermín, Pata e perro.
- Latcham, Ricardo A.* — Manuel Rodríguez.
- Lara, Horacio.* — Crónica de la araucanía.
- Latorre, Mariano.* — Zurzulita. El aspado. Risquera vana. El zapatero de Llailí. Marimán. Un filón de rojo raulí. Un hombre. La yunta de On Dani.
- Lois, J. S.* — El Chichero. (Revista El Progreso).
- Lazo, Olegario.* — Cuentos militares. Nuevos cuentos militares.
- Lillo, Baldomero.* — La chascuda. (Zig-Zag, 1907).
- Lillo, Emilio.* — La penitenciaría de Santiago. Mercurio, 1903.
- Luco, Germán.* — Garabito. (Novela inédita).
- Maluenda, Rafael.* — Escenas de la vida campesina. De pluma y pelo. Los ciegos. Aventuras de Ciriaco Contreras.
- Maturana, Ventura.* — Las investigaciones del delito.
- Medina, J. Toribio.* — Literatura colonial.
- Nahuel, Hermes.* — Esclavos.
- Neruda, Pablo.* — El habitante y su esperanza.
- Orrego Luco, Luis.* — A través de la tempestad. La vida que pasa.
- Palacios, Senén.* — Otros tiempos.
- Palacios, Nicolás.* — Raza chilena.
- Pérez Rosales, Vicente.* — Recuerdos del pasado.
- Pezoa Véliz.* — Poesías. El taita de la oficina.
- Picón Salas, Mariano.* — Imágenes de Chile.
- Prado, Pedro.* — Un juez rural. El ladrón.
- Ramírez, Julio T.* — Del mar y de la sierra. El rancho.

- Riquelme, Daniel.* — Cuentos de la guerra y otras páginas.
Rodríguez Mendoza, E. — Remansos del tiempo. Como si fuera ayer.
Rojas, Manuel. — El hombre de los ojos azules. El delincuente. Lanchas en la bahía. Bandidos en los caminos.
Rojas, Ricardo. — La literatura argentina. Los gauchescos.
Rosales, Diego de. — Historia civil del Reino de Chile.
Rosales, Abel. — La Cañadilla de Santiago. El puente de cal y canto.
Rossi, Vicente. — El gaucho.
Salas, Alejandro. — La pampa.
Sanfuentes, Salvador. — Leyendas nacionales: El bandido.
Santiván, Fernando. — Braceando en la vida. En la montaña. La Hechizada. Palpitaciones de vida. Pellines en el río.
Sarmiento, Faustino. — Facundo Quiroga. Recuerdos de provincia.
Serrato, Orestes. — Cuentos y romances.
Silva, Víctor Domingo. — La pampa trágica. Palomilla brava.
Silva, Ignacio. — La novela en Chile.
Sotomayor Valdés. — Historia de Chile durante 40 años.
Sotta, Nicanor de la. — Pueblo chico, infierno grande. (Comedia de costumbres).
Torres Riosco, Esturo. — Ausencia: El huaso Raimundo.
Ulloa, Francisco. — El bandido del sur. Astucias de Pancho Falcato.
Varigny, O de. — Orígenes de California.
Vicuña Subercaseaux B. — Un país nuevo.
Vicuña Mackenna, B. — Historia de Santiago. La guerra a muerte. La policía de seguridad en las grandes ciudades. Tierra ignota.
White, S. A. — El vértigo del oro.
Yankas, Lautaro. — La risa de Pillán. Flor Lumao.